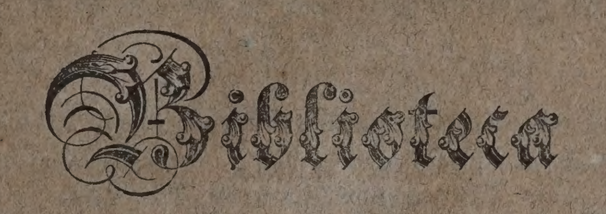


DRAMÁTICA.

COLECCION DE COMEDIAS

REPRESENTADAS CON EXITO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE.



Madrid, 1846.

IMPRENTA DE DON VICENTE DE LALAMA, EDITOR,

Calle del Duque de Alba, n. 13.

BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

EL GUARDA-BOSQUE.

Drama en dos actos y dos épocas, arreglado á la escena española por D. Juan Lombia, *y* D. Luis Olona; *representado por primera vez en el teatro del Instituto Español la noche del* 24 *de diciembre de* 1845.

PERSONAS.

Cristian Reynold, *Guarda-bosque.*
Luisa, *su muger.*
Rugiero.
Venancio, *sastre del pueblo.*
Maria, *su muger.*

ACTO PRIMERO.

En un pueblo de la Alsacia durante la revolucion francesa. Una estancia rústica: á la derecha un hogar y una puerta: á la izquierda otra puerta; en el fondo á la derecha, un recodo saliente con puertas; en el fondo tambien sobre la izquierda una ventana que dá al campo: lumbre en el hogar, muebles rústicos en la escena.

ESCENA PRIMERA.

Oscuro: dán las cuatro á lo lejos. Luisa *por la puerta izquierda con un belon encendido; el teatro se aclara.*

Lui. Las cuatro de la mañana: ya debe venir el Señor Rugiero pronto... colocaré la luz en la ventana; tal vez aguarda ya esta señal para llegar... (*Pone el belon en la ventana.*) Mi marido, acompañado de los demas guardas que forman la ronda, se habrá internado ya en el bosque: el señor Rugiero puede verme sin esponerse.—Cristian es tan celoso, tan... pero... no me equivoco, alguien se acerca, siento pisadas por la nieve.

ESCENA II.

Luisa, Maria.

Mar. (*Llamando á la puerta del recodo.*) Vecina, abra V.; soy yo, Maria.

Lui. (*Quitando la luz de la ventana.*) Maria á estas horas! (*Abre.*)

Mar. (*Entrando con un farolito en la mano.*) No se asuste V., señora Luisa. La he dicho á V. quién era al instante, porque á las cuatro de la madrugada, es decir, de la noche, porque todavia en dos horas no amanece, y

con el frio que hace, y la nieve que ha caido, no es hora de esperar visitas, y podia V. creer...

Lui. Verdaderamente que tan temprano...

Mar. Yo bien hubiera aguardado á que fuese de dia; pero he distinguido luz en esa ventana, y ya se vé, al verla he dicho, la señora Luisa aguarda á que su marido vuelva de hacer la ronda al bosque; el mio está roncando, pues allá me voy ahora mismo; mejor ocasion ni á drede; y ya estamos acá.

Lui. Tendrá V. que decirme alguna cosa muy importante, porque si no...

Mar. Y tan importante, vecina de mi alma! Se trata nada menos que de la paz de mi casa, y de que mi marido y yo vivamos como Dios manda, sin desazones ni ruidos, y de que seamos felices los dos y los hijos que podamos tener.

Lui. Válgame Dios, vecina: me asusta V.; si en algo puedo serla á V. útil...

Mar. Si puede V.? Yo lo creo.

Lui. Pues pronto, dígame V...

Mar. Ya sabe V. que yo no me he casado muy contenta con Venancio; no estaba, lo que se llama enamorada de él, aun cuando sea el primer sastre del pueblo.—Digo el primero, porque tampoco hay otro.—Cuando me lo propusieron para marido, le dige claramente, «Venancio, si he de decirte la verdad, no me pareces nada bonito; pero puede que yo esté equivocada, porque en materia de gustos cada uno tiene el suyo, y ademas, dices que me quieres mucho; yo he oido que el amor embrutece, y segun lo atontado que andas, debes estar enamorado de mí como un bestia, y eso siempre es bueno; mis padres quieren que me case contigo, con que por mi corriente.» Y al otro dia, entre diez y once, nos tomamos los dichos, y á poco ya estábamos casados.

Lui. Pero eso no me esplica...

Mar. La causa de mi venida? Pues á eso voy. Creeria V., vecina, que despues de tanta franqueza como yo tube entonces, se atreve ahora Venancio á sospechar de mi honradez?

Lui. Oh! eso es muy feo!

Mar. Yo lo creo, mas feo que su cara. Se ha hecho tan cabiloso, tan desabrido... y hace ocho dias que apenas come, y que se mantiene solo con sospechas.

Lui. Pobre Venancio!

Mar. Y si viera V. qué flaco se ha puesto, y qué gruñon? Y lo que es por mi parte... En buena hora lo diga, no le he dado motivo para... ni lo permita Dios... Pobre Venancio!... Y sabe V. por qué es todo?—Ya se vé, yo no puedo decírselo á él... Antes de casarme me pretendió Perico;.. ya sabe V... el sobrino de la Señora Agueda, aquel tan buen mozo, y despues de mi boda ha seguido con sus chicoleos; porque como es tan guapo, y vá muchas veces á casa de mi madrina... y yo aprovecho todas las ocasiones que tengo para ir y decirle que me olvide... es verdad que no me atrevo á hacerle creer que me incomoda, porque como es tan terco, y me amenaza con tirarse á la azequia si le hago un desprecio... porque ha de saber V., que Perico es capaz de hacer una diablura, y entonces me comprometeria mas... y por eso, ya vé V.! como le he de decir yo nada á Venancio... y él ha notado las escapatorias que yo hago á menudo á casa de mi madrina, y se pone insufrible. Yo para tranquilizarle, sin decirle lo que hay, le he echado una escusa muy buena; pero como es tan zoquete, no la ha creido, y me ha dicho que para cerciorarse de si era posible lo que yo le decia, iba á consultarlo con su amigo Cristian. Bueno, he dicho yo para mi, en casa de la vecina hay un cuartito junto al hogar, donde nadie entra regularmente: voy á decirla que me deje esconder en él, y cuando yo haya oido todo lo que hablen, sabré lo que debo hacer; y despues, por la puertecilla que dá á la huerta, me marcharé á mi casa sin que Venancio sepa nada.

Lui. La verdad, vecina; lo que V. me propone me parece malo, y no me atrevo á consentir en ello.

Mar. ¡Malo! Y ¿por qué? Yo no quiero escuchar mas que lo que habla mi marido, y lo que él habla debo saberlo siempre: ademas, que las casadas debemos favorecernos unas á otras. No la he ofrecido yo á V. mi ventana para ver pasar á los mozos que han tomado las armas en estos últimos meses, y que desfilan todos los dias con sus regimientos? Ya que yo la he prestado á V. mi ventana para ver, razon es que V. me preste su cuarto para oir.

Lui. Crea V. que me es imposible.

Mar. Imposible! Vaya, vaya, vecina V. se chancea. No hablemos mas. Yo aqui me meto.

Lui. No, Maria, no; V. no sabe...

Mar. Hasta luego. (*Entra y cierra.*)

Lui. Vecina... ha cerrado por dentro: ¡qué contratiempo!.. si ahora viniese el Señor Rugiero... desde ese cuarto nos oiria ella lo que hablásemos, y nadie debe saber... sin embargo es preciso que yo le vea... (*va á poner la luz en la ventana: se oye talarear á lo lejos á Cristian.*) Dios mio! mi marido... ya no es posible; alejaré la luz, el señor Rugiero verá de este modo que no debe acercarse. (*Lo hace.*)

ESCENA III.

Luisa y Cristian.

Crist. Ola! querida. ¿No me aguardarias tan temprano, ¿eh? un abrazo: (*La abraza.*) otro. Yo te diré en qué consiste el haber venido antes de lo acostumbrado. Has sido tú, tú, hermosa, quien me ha traido; tu amor; el mio ha sido causa de que no cumpla como acostumbro con mi obligacion de guardabosque en gefe.

Como esta casa está en una encrucijada, cada vez que pasaba con la ronda, á lo lejos, veia la luz en esa ventana y decia para mí, ¡pobre Luisa! está esperándome, sin acostarse en toda la noche, atizando la lumbre del hogar para que cuando llegue yo pueda calentarme á gusto; no se olvida del frio que pasa su Cristian en una noche tan cruda, caminando por entre la nieve; no me equivocaba: y que lo creas que no, me desazonaba al pensarlo, porque yo no siento tanto cualquier fatiga cuando se que tú descansas: asi es que al pasar la tercera vez por allá bajo, dije á los compañeros que están á mis órdenes, seguid la vuelta y esperadme en la posada del Lobo, donde tomaremos juntos el aguardiente; y he venido á darte un abrazo, y á reconvenirte. Pero en verdad que aqui me hallo mucho mejor que en el bosque; traia las manos que no las sentia; pero ahora con las tuyas... ¡que calentitas las tienes!.. Qué buena invencion es la muger para el invierno, y aun para el verano tambien. Ah!..

Lui. Pero el caso es que los otros te aguardarán entre tanto.

Crist. Bien, que aguarden.

Lui. Ya: es que tambien ellos querrán recogerse... con el frio que hace...

Crist. Ya están acostumbrados á él: ademas, esa es su obligacion, yo soy el gefe. Es verdad que en Francia, á Dios gracias, hace ya algun tiempo que todos somos iguales, y yo venero como el que mas ese gran principio; pero ellos no deben olvidar que son mis inferiores! Pero que bien está uno en su casa! á mi se me figura que soy en ella un Rey... Bien que en Francia ya no hay reyes... Quiero decir, que soy dichoso como un señor... Otra barbaridad! los señores tambien los hemos suprimido; y con razon, porque tenian las entrañas mas duras que una piedra. Que poco conocian lo que es la felicidad conyugal!—Me acuerdo de cuando yo servia á uno de ellos, bonito empleo era el mio! Era á seis leguas de aqui, en un soberbio castillo, donde estaba encargado por las noches de guardar el sueño á una gran señora, espantando á palos las ranas de un estanque, que entonaban una música bastante monótona... pobrecillas! que tirania!! impedirlas charlar de sus negocios! Estoy seguro de que habrán bendecido la revolucion las pobres ranas, y eso que cuentan que en otro tiempo pidieron un Rey... Pues como te decia, los señores no tenian idea de la felicidad conyugal... Mi antiguo amo, por egemplo, á lo mejor se ausentaba por quince dias, por un mes ó por mas tiempo, y al volver, creerás que saltaria del coche apresurado para arrojarse en los brazos de su muger? Pues nada de eso; se metia muy sério en su habitacion: se vestia de gran gala, se ponia una enorme peluca empolvada, y un espadin atravesado por los riñones, y con un sombrero debajo del brazo, porque el sombrero no era para la cabeza, llegaba hasta la antecámara de su esposa, y alli un criado vestido de gran ceremonia, pasaba recado pidiéndola permiso para que entrase su marido: ella, si se hallaba ya bien encotillada y vestida con su gran tontillo, muy empolvada y llena la cara de lunares, le permitia pasar adelante: entonces entraba mi señor, los dos consortes se hacian una grave cortesía delante de los criados; estos se retiraban en seguida, y en verdad que bien podian dejarlos solos, sin peligro de que se dieran un abrazo, porque entre los dos estaban de por medio, las pelucas, los polvos, el espadin y el tontillo, interpuestos como la muralla de la China.—Que diferencia de ellos á nosotros! Llega uno de fuera, y sin estorbos de ninguna clase...

ESCENA IV.

Dichos. Venancio.

Ven. Alabao sea Dios! Si están ustedes ocupados...

Crist. Nada de eso.—Ya no tenemos nada que hacer.—¿Qué es lo que quieres tan temprano? Me traes el vestido?

Ven. Para vestidos estoy yo! ¿Piensas que á todas horas está uno para ello?— Puede que si me pusiese ahora á trabajar, pegase las mangas á los calzones y me cosiese los dedos á las costuras.

Crist. Hombre! ¿Pues qué es lo que tienes?

Ven. Qué tengo?—No puedo decirlo en pié.

Crist. Pues siéntate y habla.

Ven. Figúrate... Es asunto de hombres, y como tu muger pertenece al otro séxo...

Crist. Válgate Dios! Cuantas dificultades! Déjanos, muger... Porque sino, es tan pesado, que nos vá á tener una hora.—Aguárdame adentro.

Lui. Abur, señor Venancio.

Ven. Vaya V. con Dios! No se enfadará V. por eso conmigo?

Lui. De ningun modo.—Lo único que le encargo á V., es que despache pronto á mi marido, porque le aguardan los compañeros para acabar la ronda, y la obligacion es lo primero.— Ya lo oyes, Cristian. (*Vase.*)

ESCENA V.

Cristian. Venancio.

Crist. Ya lo has oido, Venancio; la obligacion es lo primero. Tiene razon Luisa. Bien que siempre le sucede lo mismo; para proceder bien no tengo mas que seguir en todo sus consejos: es tan juiciosa! tan amable! tan!... Vamos, no hay muger como la mia.

Ven. Yo lo creo.—Qué feliz eres! Que suerte has tenido.

CRIST. Verdad es. Algunos dicen que el matrimonio es un cántaro en que háy noventa y nueve culebras y una anguila, yo al meter la mano he atrapado la anguila.

VEN. Sí... y has dejado á los demas las culebras... esa es la cosa:

CRIST. Pues qué, ¿te ha mordido ya la tuya? Tiene mal genio! Vamos, siéntate hombre, siéntate y bebe un vaso de cerbeza, te refrescarás. (*Pone un jarro y vasos en la mesa y se sienta junto á ella.*)

VEN. Venga: á estas horas sienta muy bien, y ahora beberia aunque fuese hiel y vinagre.

CRIST. A tu salud.

VEN. Dios te lo pague. (*Beben*).

CRIST. Con que vamos á ver... tu culebra...

VEN. A eso voy.—En primer lugar tú eres guardabosque.

CRIST. Si no me dices mas que eso...

VEN. Quiero decir, que por razon de tu empleo, debes saber armar toda clase de trampas y lazos para atrapar animales dañinos.

CRIST. Oh! en cuanto à eso, no hay quien me gane: bien sabe el Ayuntamiento lo que se hace con haberme dado el cargo que tengo.—Ya se vé, como que me he criado en el campo, siempre persiguiendo fieras y viviendo entre animales...

VEN. (*Vivamente.*) Y como que nunca nos hemos separado, y nos queremos tanto, vengo á ver si me armas un lazo, una trampa ó cualquier artimaña...

CRIST. Pues qué, ¿corren peligro en tu corral las gallinas, los conejos?... Han sido acometidos...

VEN. No, es mi muger la acometida.

CRIST. Y por qué animal?...

VEN. Ahi está la dificultad, no conozco todavia su forma, y por eso vengo á ver si tú me dàs una idea para...

CRIST. Pero cómo? Hablas de veras? tu mujer seria capaz...

VEN. Pech Hi, hi, hi, (*riendo sardónicamente.*)

CRIST. Venancio! Esas cosas no se toman á risa.

VEN. Si yo no me rio: si es que estoy echando los bofes de cólera.

CRIST. Pero has notado algo? Tienes alguna prueba?

VEN. Mira, Cristian, no se trata de eso: lo que yo necesito es un medio, una trampa, un lazo, un zepo.

CRIST. Un zepo? si se tratase de un lobo, de una raposa ú otro animal semejante, ya estaba hecho; pero tenemos que habérnoslas con uno de muy distinta especie, aunque no menos dañino. Es preciso que me dés señas de èl; que me digas si viene de dia ó de noche; la ruta que trae, los medios que emplea y en qué conoces que se acerca.

VEN. No, si él no es el que se acerca. En pocas palabras te lo esplicaré. Desde muchacho me ha favorecido la naturaleza con un sueño el mas tenaz que puede haber; uno de esos sueños atroces, escandalosos, que no dejan dormir á nadie al rededor; pero hace un mes que á lo que creo, la naturaleza se ha cansado, y me niega su favor en este particular, porque apenas duermo dos horas seguidas; solo que como yo soy tan callado para lo que quiero, no se lo he dicho á mi mujer.

CRIST. Y qué?

VEN. He notado de quince dias á esta parte, que cuando mi muger cree que estoy bien dormido, se levanta, se viste, abre con mucha precaucion la puerta del cuarto, y se larga, y media hora despues vuelve con mucho tiento, se desnuda y se vuelve á acostar como si tal cosa.

CRIST. Y no la has seguido nunca?

VEN. No.

CRIST. Por qué?

VEN. Toma, porque tenia sueño.

CRIST. Anda, anda, animal; ¿pues qué has hecho?

VEN. Ayer tarde no me pude ya contener, y la dige que yo la habia visto marcharse algunas veces.

CRIST. Y qué contestó?

VEN. Me dijo que eso consistia en que era... somnámbula.

CRIST. Oyes! tambien puede ser.

VEN. Pero, ¿Qué quiere decir somnámbula?

CRIST. Yo te lo esplicaré, y lo verás mas claro que el agua. Los somnámbulos son unos hombres ó unas mujeres, el sexo no cambia la cosa, que tienen unas ideas muy particulares; el por qué no se ha averiguado todavia; pero en cuanto se averigue, lo verás en los periódicos: lo cierto es, que hacen cosas sorprendentes; están dormidos, y parece que están despiertos, porque andan con los ojos abiertos y desempeñan los quehaceres de la casa como si tal cosa; barren, planchan, van por agua á la fuente, llenan el cántaro y vuelven con él tan frescamente; tú que fueras somnàmbulo, por egemplo, irias con toda formalidad á las casas de los parroquianos á entregarles la obra, ó á devolverles los retales que te hubieran sobrado.

VEN. No lo creas: yo nunca haria semejante cosa. Conque salen y entran así... como si tal cosa... Sin embargo, Cristian, no seria posible el que una mujer se aprovechase de esa artimaña para ir á ver á un cortejo que tuviese?

CRIST. Tambien es posible.

VEN. Ah! entonces... en fin, ¿sabes lo que yo creo?

CRIST. ¿Qué es lo que crees?

VEN. Que mi mujer es una fingida somnánbula; que mi mujer no abandona una cama bien mullida y calentita para irse tiritando por agua á la fuente, si no para largarse á la granja donde está Perico, aquel jastial que la rondaba antes de que yo me casára con ella (*Maria entreabre y escucha, se levanta y Cristian tambien.*)

CRIST. Vamos, vamos, no te subas á la parra

sin saber lo que te pescas. Eso es muy facil de averiguar. Cuando tu mujer se levante de la cama levántate tú tambien; si sale sales tú, si anda la sigues de puntillas con mucho tiento, como si acechases á un lobo; asi... (*Hace el ademan.*)

VEN. Como si acechase á un lobo. (*Imitándole.*)

CRIST. O á una liebre.

VEN. ¡O á una liebre!

CRIST. Y asegúrate de lo que hay.

VEN. Bueno; ¿y despues?

CRIST. Despues, despues verás que te has equivocado, y que eres un majadero.

VEN. Bueno; pero, ¿y si resulta que no soy un majadero? ¿Y si veo que la cosa es cierta?

CRIST. Oh! entonces solo te queda un partido que tomar.

VEN. ¿Cuál?

CRIST. Entonces te pones un saco de soldado inmediatamente.

VEN. Eso me es facil; en casa hay una porcion que estoy acabando para el corte: como que tengo la contrata.

CRIST. Y despues, como no se debe vivir con la muger que nos deshonra, sin volver á verla, sin decirla una sola palabra, sin ruido, sin escándalo, se marcha uno del pueblo y de la provincia, y se vá á buscar la muerte, pero una muerte útil; en una palabra, se vá uno á recibir un balazo en el pecho, despues de haber despachado media docena de prusianos.

VEN. ¿Y tú harias eso?

CRIST. Lo mismo que te lo digo; pero yo haria antes otra cosa.

VEN. ¿Cuál?

CRIST. Yo no soy sastre, como tú; yo soy guardabosque; yo no manejo la aguja si no la carabina; la cargaria hasta la boca, y la descerrajaria sobre el amante como sobre una fiera del bosque.

VEN. Hombre! y si fuese un padre de familia!..

CRIST. Aunque fuese la persona mas respetable. ¿Pues qué, se pueda dejar con vida al que le roba á uno el amor de su muger... al que... Venancio, no hablemos de esto mas, porque la sangre se me amontona en el corazon, y se me enciende la cabeza... Calla, oigo pasos... alguno se aproxima.

VEN. Yo no oigo nada.

CRIST. Oh! no me equivoco, un guardabosque tiene el oido muy fino... es por aqui, por la parte de la huerta. Oh! (*Abre la puerta de la derecha y se presenta en ella Maria, con el farol en la mano, la mirada fija y el continente de una somnámbula.*)

VEN. Cómo! Quién?..

CRIST. No lo vés? tu muger.

VEN. Pero, ¿qué tiene? Ese aire...

CRIST. Chit... ¿Quieres dispertarla?

VEN. Pues qué, ¿está dormida?

CRIST. Por supuesto; ¿no lo vés? Pobre muger, y sospechabas de ella... es verdad; la pura verdad lo que te ha dicho; la infeliz es somnámbula...

VEN. Pero hombre!.. y es particular esta cosa... mira, mira, tiene los ojos abiertos, como las liebres.

CRIST. Por supuesto: andando, andando se habrá entrado por la huerta; podia haberse caido en la noria; ya puedes seguirla ahora y mirar dónde pone los pies; ella no te verá; pero cuidado con dispertarla, porque la causaria una emocion que... chas! te se quebraria lo mismo que un vidrio.

VEN. Yo lo creo; la muger es tan frágil. (*Maria se sienta.*)

MAR. Ah! si, le veo bien y lo siento...

CRIST. Mira, mira; ya habla.

VEN. Si, dice que le vé bien y que lo siente, ¿qué será lo que siente?

CRIST. Vas á saberlo. (*Maria se ha sentado.*)

VEN. ¿Cómo?

CRIST. Dicen que los somnámbulos responden cuando se les pregunta.

VEN. Pues voy á preguntarla...

CRIST. No, no; pudiera conocer tu voz.

VEN. Tienes razon; pregúntala tú. Ya sabes lo que hay que preguntarla... lo que quiero saber; eh?

CRIST. Hombre!

MAR. (*Da un suspiro.*) Ah!

CRIST. ¿Qué es eso, vecina, suspira V.?

MAR. Si.

CRIST. ¿Y por qué suspira V?

MAR. Porque ya no me ama.

VEN. Qué ya no la ama! y quién? si será ese miserable de Perico!

CRIST. Cállate; déjala charlar y sabrás todos sus secretos; aparta. Con que, vecina, ¿usted cree que ya no la ama á V.?

MAR. Oh! estoy bien segura de ello; cuando yo le he querido tanto! ¡mónstruo!

VEN. Cristian, los cabellos se me erizan... Cristian, yo quiero saber quién es el mónstruo en cuestion.

CRIST. ¿Te callarás?

MAR. Hacerme tan infeliz! sospechar de mi, que tanto le he amado, que le he sido tan fiel!—Cuando me casé con él, es verdad, no le tenia mucha inclinacion; pero se lo dige francamente, y despues tanto he hecho por quererle, que al fin lo he conseguido... porque, eso si, mi Venancio...

VEN. He? (*Alegre y riendo de satisfaccion.*)

MAR. Es tan amable, tan gracioso, tan guapo...

VEN. Cualquiera diria que vé!

CRIST. Vamos; ¿te has desengañado ya, celoso de los diablos?

VEN. Oh! sí, sí; me he desengañado completamente.—¡Pobre Maria! Si yo conociese al que ha inventado las somnámbulas, le vestia gratis por espacio de quince dias.

MAR. Y en pago de tanto amor, de tantos sacrificios, solo hallo en él desdenes y desprecios. —El otro dia, en el baile que tuvimos en el corral de casa, se atrevió á dar un beso á la

Casimira.

CRIST. ¿Es verdad eso, miserable?

VEN. Si creí que no me veia ella; estábamos detrás de la cuerda del pozo.

MAR. Pues y á Jeroma la gorda? se ha atrevido á hacerla regalos el infiel; dias pasados la dió un par de ligas de las de *viva mi dueño*, y un húsar à caballo de alcorza que la compró en la feria.

CRIST. Ah! tunante! con que asi derrochas el caudal de la casa? Te atreves á regalar á las mozas ligas y húsares á caballo, seductor!

VEN. Qué quieres? Yo me creia desgraciado, y trataba de distraerme y de buscar un corazon que comprendiese el mio.—El húsar y las ligas, me costaron diez cuartos.

MAR. (*Levantándose.*) A mi edad, á los diez y ocho años verme abandonada, despreciada por el que amo, por el que amaré toda mi vida! Oh! eso es demasiado, yo no lo puedo sufrir. (*Llora y se sienta.*)

VEN. (*Llorando tambien.*) Hi, hi, hi.

CRIST. ¿Quiéres callar?

LUI. (*Saliendo.*) ¿Qué es eso?

CRIST. Chist! No la dispiertes.

LUI. Cómo?

CRIST. Es somnámbula, y ese imbécil se atrevia á acusarla... miserable! una muger tan amable y tan buena como la suya!

VEN. (*Llorando estúpidamente.*) Hi, hi, hi...

CRIST. Dios mio! ¡Qué feo te pones cuando lloras! (*Dándole un empellon.*)

MAR. Sí, sí; yo le devolveré su libertad; que se case con otra, si quiere: esta es la última prueba de amor que puedo darle; (*se levanta.*) está decidido; nadie me vé, nadie me oye; atravesaré el bosque, à lo último está el Lago del Diablo, una balsa sin fondo; valor; que no vuelva à oir hablar de mi! (*Echa á andar.*)

VEN. Cristian, es preciso dispertarla.

CRIST. Ni pensarlo; ¿la quieres matar?

VEN. Pero es preciso seguirla.—Ha cerrado la puerta.

CRIST. Pronto, pronto, por este lado; atravesando el cementerio llegarás antes que ella.

VEN. Eso es. (*Vuelve.*) Pero acompáñame.

CRIST. ¿Para qué?

VEN. Para atravesar el cementerio.

CRIST. Cobarde!

VEN Qué quieres, hay alli enterrados tantos parroquianos mios, que siempre que paso se me figura que me van á agarrar de los faldones de la casaca.

CRIST. ¿Para recobrar algo del paño que les has sisado, eh? Bueno, hombre te daré convoy.

VEN. Pobre Maria! No volveré á sospechar de tí: en adelante podrás salir, entrar, de dia, de noche, contarme todo lo que quieras; te creeré á ojos cerrados.

CRIST. En marcha; en marcha.

ESCENA VII.

LUISA *y* MARIA *entrando con precaucion por la puerta derecha.*

MAR. Se han ido?

LUI. ¿Qué significa?..

MAR. (*Riendo.*) Ah! ha! ha! Pobre Venancio! Ahora ya estará tranquilo.

LUI. Cómo? era un ardid!..

MAR. Con el cual no sospechará ya de mi. Gracias, vecina, por el favor que V. me ha hecho. Y no tenga V. cuidado, que yo no soy ingrata. Bien vé V. que al tranquilizar á mi marido, he logrado tambien que se marchase el de V.

LUI. Cristian! Y qué motivo tenia yo para desear?..

MAR. Qué motivo? Mientras que yo estaba en ese cuartito, he distinguido un embozado que rondaba al rededor de la casa.

LUI. Dios mio!

MAR. Yo decia, ¿quién será este hombre, señor? Cuando de pronto, á la luz de la luna, he reconocido...

LUI. Al señor Rugiero?

MAR. Cabalito: al señor Rugiero Clairmont, Secretario que fué del Vizconde de Aulnay, el antiguo señor del pueblo.

LUI (Le ha visto!)

MAR. Vamos, que mucha debe ser su amistad hácia usted, querida vecina, para atreverse á atravesar el Rhin, arriesgando su cabeza, porque aun cuando él no sea noble, ha emigrado con la nobleza.

LUI. Ah! Maria! Si V. supiese...

MAR. No; yo no me meto en eso; V. es dueña de hacer lo que le parezca, y yo siempre me pongo de parte de las mugeres casadas, ya se sabe; solamente la daré á V. un consejo; su marido de V. no conoce al señor Rugiero; es verdad; nunca le ha visto, pero sabe que V. debió casarse con él... su marido de V. es celoso, y no tan crédulo como el mio: tenga V. por Dios, mucha prudencia.—Ahora me vuelvo á casa tranquila, con que hasta la vista, vecina.

LUI. No, Maria, no; quédese V., lo exijo, se lo suplico á V. Usted ha sospechado de mi... Oh! se acabaron los secretos, no mas misterios; espero que V. no me hará traicion.

MAR. Yo, vecina!

LUI. El señor Rugiero está cerca de aquí; Cristian no puede volver en bastante tiempo; no hay que perder un instante. (*Pone la luz junto á la ventana.*) Ahora, Maria, vá V. á saber un secreto que yo oculto á Cristian, bien á pesar mio; V. sabe sus ideas acerca de nuestros antiguos señores; en una ocasion quise combatírselas, y á pesar de su cariño y su amabilidad para conmigo, llegó á irritarse y me dijo lleno de cólera; quieres que olvide que mi anciano padre fué

arrojado de su pobre cabaña por ellos? ¿De la cabaña donde nací? Tuvimos que abandonarla cubiertos de miseria, ¿y por qué? porque el aspecto de aquella humilde casa incomodaba á un gran señor. Mi padre no pedia mas, si no que le dejasen morir donde habia vivido hasta entonces... Vanos fueron sus ruegos; qué podia el débil contra el poderoso? Fué preciso sucumbir, Luisa, y mi pobre padre, anciano, enfermo y sin asilo, murió de dolor á los pocos dias; yo le ví padecer, le ví espirar, y sus sufrimientos no los olvidaré jamás.» Por eso es por lo que Cristian llega al mayor grado de exaltacion contra todo el que puede tener algun interés por el antiguo órden de cosas.

MAR. Ya, y como que tambien en calidad de funcionario público ha jurado defender la revolucion...

LUI. Siento pasos: debe ser el señor Rugiero: Maria, vá V. á saber la verdad.

ESCENA VIII.

DICHAS Y RUGIERO.

RUG. (*Desde la parte de afuera de la ventana.*) Luisa.

LUI. Aquí estoy: entre V.

RUG. (*Entrando por la ventana.*) Oh! Doy gracias al cielo! Tanto tiempo sin poder penetrar, con el frio que hace... Pero no está V. sola!

LUI. Tranquilícese V. Era ya preciso: de todos modos esta vecina le habia visto á V. y le habrá conocido, y con sus sospechas me acusaba de hacer traicion á mis deberes, he querido que fuese testigo de nuestra entrevista,

RUG. Como! V. ha podido sospechar de Luisa! de la muger mas pura y mas digna de respeto: de aquella cuyo noble corazon le ha inspirado el mayor sacrificio que puede dictar la amistad! Hace un año que espone su vida por manifestar su reconocimiento á sus antiguos bienhechores: à no ser por ella, mis nobles señores, perseguidos, proscriptos, se verian reducidos á mendigar el pan de puerta en puerta, en tierra estrangera. Pero cuando se vendian á vil precio los bienes de la familia de Aulnay, Luisa corrió á casa de Gervasio, el rico arrendador, y con sus lágrimas y sus elocuentes ruegos, le decidió á comprar aquellos bienes para conservárselos á sus legítimos dueños, socorriéndolos entre tanto con una parte de sus productos. Mas para hacer llegar á mis señores estas rentas, era necesario esponerse mucho; encendida la guerra por todas partes, prohibida toda comunicacion con el estrangero, bajo pena de la vida, Luisa se encargó de reunir las cantidades con el mayor sigilo, y cada tres meses atravieso la frontera de noche, me deslizo por el bosque, y llego aquí, donde este ángel me entrega puntualmente ese precioso depósito, que sirve para preservar de la miseria á una noble y respetable familia.

MAR. Válgame Dios! Perdóneme V., señora Luisa, siento haberla ofendido con mis sospechas... á usted que se espone asi por sus bienhechores; porque es mucho lo que usted se espone; las leyes son muy severas, contra todo el que tiene la menor relacion con los emigrados, y mucho mas contra los que les envian dinero... Ay! si su marido de V. supiese... seguramente que no lo sufriria... ha hecho V. bien en callárselo, y V. tambien en ocultarse de todo el mundo, Señor Rugiero.

LUI. ¿Con que ya no sospecha V. de mí?

MAR. ¿Y me tiende V. su mano? Es decir que me perdona V. del todo: Oh! gracias, gracias. Desde ahora disponga V. de mí, de mi vida. Y para empezar por hacer algo en favor de V., voy á acechar al rededor de la casa mientras V. despacha al Señor Rugiero; si veo venir á su marido de V., llamaré corriendo á la puerta.

LUI. Gracias, Maria.

MAR. Pero antes, vecina, para que yo esté bien segura de que ha olvidado V. mi ofensa. permítame V. que la dé un abrazo. Ah! vale V. cien veces mas que yo.

ESCENA IX.

LUISA, RUGIERO, *despues* MARIA.

LUI. Estamos solos, no hay tiempo que perder.

RUG. Efectivamente; porque si su marido de V. me hallase aqui, á semejante hora, no dejaria de preguntarme quién era; y á qué venia, y me seria imposible el decírselo.

LUI. Voy á darle á V. el dinero y la correspondencia.

RUG. Aquí tiene V. unas cartas de suma importancia, y que á toda costa es preciso hacer llegar á su destino.

LUI Espere V., el paquete lo tengo escondido donde siempre. Voy por él. (*Llaman á la puerta.*)

MAR. (*Asomándose y desapareciendo.*) Cristian viene.

LUI. Cristian! Tan pronto de vuelta! Dios mio! no pase V., le va á ver por la ventana; entre V., presto, presto, ahi, ó somos perdidos! Yo trataré de alejarle para que pueda V. salir.

RUG. Lo mas pronto que sea posible: á fin de atravesar la frontera antes de que amanezca.

LUI. No tenga V. cuidado (*Cierra y quita la llave*) con tal de que Cristian no conozca en mi cara mi sobresalto! Procuraré tranquilizarme y aparentar... Ah! no puedo sostenerme... (*Se apoya en una silla.*)

ESCENA X.

DICHOS, CRISTIAN.

CRIST. Ya estoy de vuelta, Luisa mia; no te impacientes, ya me tienes aqui. He puesto en camino á Venancio y... pero á todo esto, ¿qué

habrá sido de su mujer? No la hemos hallado.

Lui. Ha salido de aquí, y á lo que podia distinguir desde la ventana, me pareció que la vi entrar tranquilamente en su casa.

Ven. Ya me lo pensaba yo. Pobre Venancio! estará tomando el fresco junto al Lago del Diablo! bien empleado le está, por haber tenido celos; él, un sastre, que todo el dia está en su casa, al lado de su mujer! Si fuera yo, que paso mi vida en el campo, corriendo por montes y por valles; y ademas, ¿por qué ha de tener celos de una mujer que nada le ha sacrificado al casarse con él, de una mujer que era de su misma clase?.. Si se hubiera casado como yo con una que vale tanto... (*Sentándose junto al hogar.*)

Lui. Cristian, ¿estás loco?

Crist. Digo bien: tú eres una mujer de distinta clase; tú no estabas educada para mí; tu linda mano merecia en verdad haberse enlazado con otra menos dura y grosera que la mia.

Lui. Y hubiera sido tan leal como la tuya, Cristian? Mira, nunca me digas eso, ó creeré que no me tienes por feliz, y que recelas que me pese de haberte confiado mi suerte.

Crist. No; yo hago lo posible porque no eches de menos lo pasado. Pero ya se vé, educada en un palacio con las hijas de un gran Señor... es verdad que la revolucion todo lo ha cambiado.—A no ser por ella, tú te hubieras casado con algun barbilindo... con el señor Rugiero regularmente.

Lui. ¿Con el señor Rugiero? (*Azorada.*)

Crist. Sí; yo no le he visto jamás; pero sé que te amaba, y probablemente se hubiera casado contigo: mientras que yo, que te queria mas que á mi vida, y que solo podia verte por casualidad, hubiera permanecido solo como un buho: porque no me hubiera casado con otra; lo habia jurado mil veces, cuando ni la menor esperanza tenia de poder llegar á ser tu marido; pero amiga, la revolucion ha hecho cosas admirables. Nunca me olvidaré de aquel dia en que el pueblo en tropel se dirigia furioso al palacio de tus protectores para saquearle; apenas pudieron salvarse sus dueños; yo iba tambien recorriendo los salones y las galerias, no para apoderarme de nada, á fé de Cristian, si no para defenderte, para protegerte contra aquella turba; en vano te buscaba por todas partes, cuando veo sobre una puerta tu retrato, que el mismo vizconde habia pintado, «andad, andad,» dije á los demas descolgándole, apoderaos en buen hora, si quereis, de la plata, del oro, de las alhajas, yo soy mas rico que todos vosotros, tengo el retrato de la que amo.

Lui. ¡Querido Cristian!...

Crist. Todos se burlaban de mí, y aun uno de ellos quiso arrebátarmele; pero le dí tal puñetazo en un ojo, que le quité la aficion á la pintura. Y despues, cuando me salia del palacio tan ufano, ¿á quién encuentro al fin de la alameda? A mi pobre Luisa, sentada al borde de un foso, llorando á lágrima viva, con la cabeza inclinada sobre el seno. Lo mismo fue verte que me entró un temblor, que no te podria esplicar... me acerco á tí, vuelves la cabeza al sentirme, y levantas los ojos: «señorita, te dije, acabo de salvar su retrato de V., ¿quiere V. permitirme que salve el original? Tú me miraste entonces, y adivinaste todo lo que pasaba en mi alma; comprendiste lo que no me atreví à decirte, te levantaste y tomaste mi brazo, dejándote conducir á casa de mi pobre madre, que vivia aun.»—Algun tiempo despues me permitiste que esperase; al cabo de algunos meses no me dijiste que no; cuatro semanas despues me dijiste que sí, y pasados ocho dias estaba ya casado con la doncella mas linda de la comarca, con la mas amable, con la mas... y quieres que no bendiga yo la revolucion que me ha hecho guardabosque en jefe, propietario de la casa que habito, y que me ha dado una mujer que es un tesoro, y un hijo, ó una hija, que será mi delicia, porque todavia... dime, ¿qué nombre le pondremos? (*Cariñosamente.*)

Lui. Tiempo hay de pensar en eso, hombre. Ya no te acuerdas de tus compañeros que te aguardarán en la venta del Lobo.

Crist. No importa, ya es hora de almorzar y no me voy sin tomar un bocado.

Lui. (Dios mio!).

Crist. Con la caminata se me ha abierto el apetito, almorzaremos juntos, y algo mas contentos que hace tres meses, cuando tambien volví por la noche y... ¿te acuerdas?

Lui. Yo lo creo que me acuerdo! De que mal humor entraste!

Crist. Te acuerdas, ¿hé? Rencorosa!

Lui. No, no lo soy; pero me hiciste sufrir bastante; como nunca te habia visto asi... tan... irritado...

Crist. Pobre Luisa, que brusco, que feroz estaba contigo... Qué quieres? criado en los bosques, conozco que al irritarme debo parecer una fiera; mira lo siento á fé de Cristian. Voy á decirte ahora por qué me puse de aquella manera, y conocerás que no dejaba de haber motivo para que yo perdiese la cabeza. Al amanecer me volvia yo á casa despues de mi ronda, segun costumbre, cuando en el sendero que seguia para atajar camino, noto las huellas de una persona marcadas en la nieve: ya sabes que para nosotros los guardabosques, una huella nunca es una cosa indiferente, y que muchas veces es el origen de todas nuestras investigaciones: me llamó mas la atencion, porque por el tamaño y la forma, se advertia que no era de ningun campesino; ya sabes que la estampa que dejan nuestros zapatos ó nuestras almadreñas, no puede nunca equivocarse con la de ningun petimetre de la ciudad. ¿Qué significa esto? dije yo para mí, veamos: sigo la pista, y á dónde dirás que me condujo? No lo adivina-

rás; á esa ventana, Luisa.

LUI. Cielos!

CRIS. Qué quieres, no fui dueño de mi al verlo; perdí la cabeza, y en lugar de referírtelo sencillamente, dije mil atrocidades; perdóname; bien conozco que solo una locura pudo hacerme sospechar de una muger como tú.

LUI. Cristian, ten siempre entera confianza en mi: todas las desgracias provienen á veces de los celos, de una sospecha infundada.

CRIS. Sí, sí, tienes razon: no me volverá á suceder, no: anda, anda por el almuerzo.

LUI. (Apresurémonos para que se vuelva con sus compañeros.) (*vase.*)

ESCENA XI.

CRISTIAN *y á poco* VENANCIO.

CRIST. Anda, anda, Luisa mia, hermosa. ¡Qué feliz soy! ¿Quién puede pasar su vida mas alegremente que yo? Y á quién debo tanta dicha? A la revolucion, es claro; sin la revolucion yo estaria ahora espantando ranas en el estanque, metido en el fango hasta la cintura. No tendria una muger tan preciosa, tan buena; y de aqui á algunos meses, un ciudadanito, ó ciudadana, que lo querré mas que á mi vida... Que buena vida es la del casado! viva el matrimonio! Viva la libertad, y viva mi muger... única é indivisible! tarara, tarara, tarara. (*se pone á bailar*)

ESCENA XII.

DICHOS Y VENANCIO, *con un lio debajo del brazo.*

VEN. (Calle, calle, está bailando!) Estás bailando, ¿eh?

CRIST. Sí; cuando el corazon brinca... tarara, tarara, tarara, tarara, tarara...

VEN. (Pobrecillo! le brinca el corazon! En fin, como ha de ser, es preciso decírselo.)

CRIST. Ahora que me acuerdo, ¿qué tal te ha ido con tu caminata? Llegaste al Lago del Diablo? Vamos que no te has dado mal trote.

VEN. Fuí corriendo hácia allá, lo mismo que un galgo; iba echando los bofes á fin de llegar á tiempo; cuando á la mitad del camino me acordé de que el Lago está helado hace dos semanas; entonces me paré y dige para mi: para tener el gusto de arrojarse Maria en el agua, necesitaba hacer á propósito un agujero con un pico enorme, y ella no lleva ninguna herramienta; hecha esta reflexion, me volví á casa, donde he encontrado á mi muger durmiendo como un cachorro.

CRIST. Ya ves que hacias muy mal en sospechar de ella. Y no contento con eso, cortejar á las otras, y regalarlas liguitas y húsares... habrá libertino! Pues, ¿cuántas necesitas? Eres acaso algun sultan? ¿Necesitas un serrallo? Que le traigan un serrallo al zamacuco este.

VEN. Bien, bueno; no hablemos mas de eso; ya lo he olvidado, y en prueba de ello me he puesto á trabajar en seguida, y he cosido el último boton á un vestido, que como ves, llevo á un parroquiano. (*Ap.*) Ya he empezado á decírselo, y es preciso seguir; pero con precaucion. (*Alto.*) Sí, mi querido Cristian, llevo este vestido á un parroquiano, porque le hace mucha falta.

CRIST. Hombre, que raro te pones para decir eso! Pones la cara de los dias de fiesta.

VEN. No lo creas, pongo la diaria, solo que... únicamente digo que le hace mucha falta; pero antes de entregarle queria que me hicieses un favor.

CRIST. Cuál? dí.

VEN. Tú tienes la misma estatura y el mismo cuerpo que el parroquiano de que te hablo; sois idénticos, y quisiera que te lo probases para ver si tiene algun defecto.

CRIST. ¿Y por qué no se lo pruebas á él mismo? Siempre será mejor.

VEN. No, es igual; y asi yo veo como sienta, corrijo lo que tenga, si es preciso, y cuando él se le ponga le estará pintado.—Asi es como puede uno acreditarse... con que, vamos, quítate la casaca.

CRIST. Corriente; despàchate. Tira.. Calla! es una levita militar; algo estrecha está la manga; creo que le has dejado un hilvan... adelante; un soldado debe arrostrar todos los obstáculos! ha, ha, ha. (*Acabándosela de poner.*)

VEN. Válgame Dios! que bien te está! como se ciñe por todas partes! ni un pliegue, ni una arruga!

CRIST. Oh! nunca te despilfarras tú con el paño de modo que queden arrugas. Digo, apenas me la puedo abrochar!—Ya se vé, tú te haces la cuenta de que el pobre quinto que se la ponga, al mes de estar fuera de su casa comiendo el pan de municion y caminando á la intempérie, ya habrá enflaquecido de modo que le venga ancha.—Tú cazas largo, Venancio: en fin; ya la has visto, quítamela.

VEN. No puedo.

CRIST. No? Yo me la quitaré.

VEN. Por Dios, Cristian, no te enfades; pero la cosa es que ese uniforme...

CRIST. Es para un soldado.

VEN. Cabalmente, y por eso te lo traigo á tí.

CRIST. Qué quieres decir?

VEN. Nada mas que lo que te he oido esta mañana. «Hay casos en que lo que uno debe hacer es tomar un saco de soldado, é irse á recibir un balazo...

CRIS. (*Furioso.*) Mientes, mientes, miserable!... Pero responde con calma... ya ves que yo no me irrito; por què has dicho eso? Por qué te lo has figurado? Por qué lo crees? Habla, habla pronto.

VEN. No te enfades, Cristian. Ya sabes que yo soy tu amigo, que te quiero; yo he descubierto... No hubieras hecho tú otro tanto por mi?

Cris. Sí, sí; pero, ¿qué has descubierto?...

Ven. Verás; escúchame sin acalorarte... (*Movimiento de Cristian.*) Voy, voy... Cuando volvia del camino del lago, por aquella sendita que sabes, oí que se reian á carcajadas cerca de mí; vamos, dige yo, Cristian ó algun otro que me está haciendo burla, pero al acercarme á conocer al burlon, distingo á Esteban y á Geromo tus compañeros...

Cris. Pero de qué se reian? ¿por qué se burlaban de tí?

Ven. No, si no era de mi de quien se burlaban. Se reian ellos solos, siguiendo la pista á unas huellas marcadas en la nieve.

Cris. Y qué huellas eran esas?

Ven. Unas pequeñitas, de unos zapatos ó botas, muy cucos, y decia Esteban: son los mismos, los mismitos que la otra vez hace tres meses, cuando Cristian se puso tan furioso.

Cris. Eso no es verdad... eso no es posible... No dirian eso; esos pasos no pueden ser los mismos.

Ven. Eso les decia yo; pero me han respondido que los conocen bien, y que á vosotros los guardabosques, no se os despintan esas cosas... á todo esto continuaban siguiendo las señales, y como á mi me interesaba, seguí con ellos.

Cris. Y á dónde fuisteis á parar? ¿dónde terminaban esas huellas?

Ven. Debajo de tu ventana.

Cris. Ah! Dios mio! será posible! No, no lo creo; no quiero creerlo. Sin embargo, cuando he vuelto no parecia la misma... yo no sé que he notado en ella... parecia que se esforzaba por sonreirse; aquella sonrisa no era espontánea... habia algo de violento en ella... ahora recuerdo que varias veces me ha instado para que me volviese con los otros, y ademas he observado... yo no se qué... ciertas cosas que no puedo esplicarme, pero que me inquietan, me punzan, me devoran... Ah! por qué me has dicho nada! No debias de haberme contado... yo nada sabia, y cuando uno no sabe... pero ahora lo sé.... sé qué... Ah! Luisa, Luisa..... Dios mio! yo no se lo que me pasa.

Ven. Cristian! amigo mio!

Cris. Tienes razon.... lloro... lloro... cuando debia... No es eso lo que debo hacer... ven, ven conmigo.

Ven. A dónde vas?

Cris. A asegurarme de que no te has equivocado, de que son esas las huellas que yo ví la otra vez y despues... despues... despues no puedo decirte lo que haré, ven conmigo.

ESCENA XIII.

Dichos y Luisa *con el almuerzo.*

Lui. Calle, por qué te has puesto ese uniforme?

Ven. Ha sido para probarselo, nada mas. (*Poniéndose en medio de los dos.*)

Lui. Cuando quieras puedes almorzar, Cristian.

Cris. No tengo gana.

Lui. Pues si hace poco me dijiste...

Cris. Y qué? He mudado de idea; ahora no quiero. ¿No puede uno mudar de idea, cuando le acomoda? Ahora no quiero almorzar.

Lui. Pero, por qué te pones asi? A qué viene ese mal humor?

Cris. Y qué tenemos? Será preciso estar siempre riendo y cantando? Para eso otros están muy alegres, particularmente hoy... Yo quiero estar de mal humor... y no me dá la gana de comer nada ahora... nada... es un capricho que se me ha puesto en la cabeza... porque soy dueño de hacer lo que me acomode... puedo salir... y entrar... siempre que quiera... Cuando vuelva puede que almuerze... pero ahora no quiero... no, no quiero... porque... por... vamos, vámonos de aquí.

ESCENA XIV.

Luisa; *despues* Rugiero.

Lui. Qué será lo que tiene?... esa cólera.... esa ira con que... Dios mio! qué sospechará? Sabrá que Rugiero... Ah! que se vaya, que parta inmediatamente. Salga V. pronto.

Rug. (*Embozado en su capa.*) Aquí estoy.

Lui. Ha encontrado V.?...

Rug. El dinero y los papeles? sí, todo lo tengo ya.

Lui. Pues váyase V. al momento, y Dios vele por V. Por aquí, por aquí saldrá V. á la huerta, y á pocos pasos se puede internar en el bosque. (*Al atravesar Rugiero el teatro, se ve á Cristian en la parte de afuera.*)

Rug. A Dios querida Luisa.

(*Desaparece; al mismo tiempo Cristian violenta con furia la vidriera de la ventana, cuyos vidrios se rompen, y salta á la escena.*)

ESCENA XV.

Luisa, Cristian.

Lui. (*Espantada.*) Cristian!

Cris. Si, Cristian engañado, vendido; que todo lo sabe, que lo ha visto, y no puede ya dudar...

Lui. Escucha una palabra... yo te diré...

Cris. Nada quiero oir; son inútiles las esplicaciones; mi carabina, eso es lo que necesito. *Se arroja sobre la carabina, y se precipita hácia la puerta por donde se ha ido Rugiero.*

Lui. (*Deteniéndole.*) Cristian, escucha.

Cris. Aparta, no te conozco. (*La rechaza violentamente y sale.*)

Luis. *Próxima á desmayarse.* Ah! yo muero... Dios mio! Tened piedad... Cristian? (*Oyese un tiro fuera.*) Ah! (*Cae de rodillas junto á la puerta.*)

ACTO SEGUNDO.

Un salon. Una ventana á la derecha del actor, puerta al fondo y dos laterales. La accion en Uzés, año de 1815, en casa de Clermont.

ESCENA PRIMERA.

PICARDON. UN CRIADO.

CRIA. (*Saliendo por la puerta derecha.*) Ya he avisado á mi Señora, tenga V. la bondad de aguardar un momento.

PICARD. Gracias, amiguito.—Supongo que me habrás anunciado en toda forma, no es verdad? —Picardon, recaudador en gefe de contribuciones del departamento del Gard...

CRIA. Justamente.

PICARD. Muy bien.

CRIA. Aqui tiene V. á mi Señora. (*Vase.*)

ESCENA II.

PICARDON, LUISA.

PICARD. (*Saludándola con afectacion.*) Espero, Señora, que se digne V. acoger el profundo respeto que tiene el honor de ofrecerla su afectísimo servidor Gerónimo Picardon, recaudador principal de las contribuciones del departamento...

LUI. Conozco los títulos de V., caballero. Disimúleme V. si le he hecho aguardar mucho tiempo.

PICARD. Yo soy por el contrario, Señora, quien debe pedir mil perdones... Anoche llegó V. á este pueblo, y me he atrevido á presentarme tan de mañana... pero el deber me obliga á ser el primero en saludar á nuestro nuevo gefe Mr. de Clermont, á quien no conozco todavia, y á manifestarle el profundo respeto con que me ofrezco...

LUI. Dispense V. si no le recibe èl mismo... pero en este momento está escribiendo algunas cartas importantes, y...

PICARD. Señora! Me guardaria muy bien... Un gefe no tiene de que escusarse con sus inferiores.—Por lo demas, harto me hace olvidar su ausencia: merced á ella, he tenido la dicha de conocer á su amable señora... Disponga V. de mi como guste... Si le puedo ser útil en algo... si quiere V. que la enseñe el pueblo... Aunque simple empleado, la presentaré à V. á las familias mas distinguidas.—Adios gracias soy muy conocido en toda la poblacion por la pureza de mis opiniones, por la integridad de mis actos... oh! Y lo he demostrado bien en diversas circunstancias. Por eso tengo una influencia... en fin, puedo aseguraros... sin que sea amor propio, porque no le conozco, que dispongo á mi gusto de todo Uzés. (*Se oye rumor fuera.*)

LUI. Qué ruido es ese?

PICARD. Tranquilízese V... no será nada.

LUI. Lo sabe V. acaso?

PICARD. No, pero me lo sospecho.—Sosiéguese V.

ESCENA III.

DICHOS Y FANY *apresurada.*

FAN. Mamá, mamá, no oyes?

LUI. Con efecto, el ruido se aumenta. Qué habrá pasado?

PICARD. No se lo he dicho á V.? Una friolera... Una broma inocente.—Ya sabe V. que han licenciado á los antiguos batallones que se hallaban del lado allá del Loira; esos veteranos que gastan levitones azules! Pues bien, cuando pasan en corto número por el pueblo, la gente se entretiene en apedrearlos.

FAN. Pero eso es infame! Debia impedirse á toda costa...

PICARD. (*Con calma.*) Y por qué? Ese es un inocente deshago del espíritu público. Ademas, justo es que el pueblo se divierta un poco... trabaja tanto! paga tanto! preciso es dejarle que se distraiga y no piense en ello.

FAN. (*Aparte á Luisa.*) Que hombre tan perverso!

LUI. Señor Picardon, puesto que segun ha dicho V. antes, goza V. de mucha influencia, le ruego encarecidamente que vea de... me causa compasion la suerte de esos infelices...

PICARD. Bien, Señora, bien; una vez que V. se empeña... que lo desea V... los seguiré de lejos... me enteraré, y en seguida volveré á darle á V. cuenta... A propósito de cuentas, por un tris no me olvido... (*Deja sobre la mesa un legajo de papeles que traia debajo del brazo.*) Traigo el estado general de las recaudaciones hechas... y quisiera que Mr. de Clermont lo firmase lo mas pronto que fuera posible. No digo mas.—A los pies de V. (*Saludando.*) Voy á... pues... y á mi vuelta espero tener el gusto de ver á Mr. de Clermont, y poder ofrecerle el profundo respeto con que me apresuro...

LUI. Por Dios Mr. Picardon. No dilate V...

FAN. No consienta V. tamaña perfidia.

PICARD. Ya se vé que no... Hasta la vista. Hasta luego... (*Vase.*)

ESCENA IV.

LUISA, FANY.

FAN. Jesus que hombre! no lo puedo ver y apenas le conozco.—Qué corazon! Qué ideas!

LUI. Prudencia, Fany: es el subalterno mas inmediato á Mr. de Clermont, tiene gran prestigio en el pueblo, y debemos ponerle buena cara.

FAN. Es decir, que será preciso disimular. Lo

ves, mamá? Todas estas cosas me obligan á sentir mas profundamente el haber dejado nuestra Alsacia, y con ella nuestra tranquilidad y nuestra alegria.

LUI. Acaso es solo el recuerdo de aquel pais, el motivo de tu tristeza?

FAN. (*Algo confusa.*) De suerte, que... el recuerdo del pais me la causa un poco... pero... ademas...

LUI. Ademas mucho el de Mr. Jorge Raymond.

FAN. Sí, pero sobre todo mi pais...

LUI. Fany, hija mia, ya te lo he dicho: es preciso no pensar mas en ese joven.

FAN. (*Con alguna impaciencia.*) Pero por qué?

LUI. Porque es hijo de un coronel del Imperio.

FAN. Y ese es un obstáculo para V., madre mia! Acaso, no ha muerto mi padre al servicio del emperador?

LUI. Oh! dices bien, Fany, pero nunca saldrian de mis labios semejantes palabras, si Clermont... ya lo sabes, lo debe todo á la noble familia de Aulnay... este mismo empleo que acaba de obtener ahora se lo ha conseguido el Vizconde al volver de la emigracion con el rey; en fin, tu casamiento con Mr. de Raymond seria no solo desaprobado por nuestros protectores, sino que causaria tal vez su enojo y nuestra ruina.

FAN. Sin embargo, yo estoy segura de que si Mr. Clemont hubiese consentido en la entrevista que Jorge le pedia...

LUI. No lo negaré, pero Clermont ha obrado con prudencia negándose á ella; lo contrario hubiera sido alimentar un deseo...

FAN. Que no hemos de ver nunca realizado, ¿no es esto?.. Oh! Esa es una crueldad! Cuál es el porvenir que nos espera ausente el uno del otro?

LUI. Pero tambien, hija mia, tu has formado planes, y has concebido esperanzas... sin ocurrírtese la idea de si tu familia podria consentir en ellos. ¿Quién tiene la culpa de que los jóvenes dispongais de ese modo de la voluntad de vuestros parientes?

FAN. Si; pero acuérdate que siempre me has dicho: «Fany, hija mia, yo no busco sino tu felicidad... Pues bien, si ya he encontrado yo mi felicidad, porque has de querer buscármela tu ahora?

LUI. Vamos, Fany.—Sé razonable.—Prométeme dar al olvido esos amores.—¿Qué esperas de ellos? De todos modos puede que ya no vuelvas á ver á Mr. Jorje... él está en París, nosotros en el mediodia de la Francia, y sabe Dios... vamos, vamos, yo te creia con mas juicio.

FAN. (*Ap.*) Si supiera que Jorge para en la posada de enfrente!

ESCENA V.

DICHOS, CLERMONT.

CLERM. (*Dentro.*) Ya me has entendido, Julio, no olvides nada de cuanto te he prevenido (*Saliendo.*) Buenos dias, Luisa.

LUI. Buenos dias.

CLERM. Ola Fany, has descansado ya? Pero qué veo? Aun estais asi en trage de mañana? Reflexionad que soy un funcionario público, que hoy las visitas serán continuas...

LUI. Me alegro de la advertencia, porque de lo que menos me acordaba... Sin embargo, ya hemos recibido una.

CLERM. Quién ha venido?

LUI. Un tal Mr. Picardon, empleado en el ramo.

CLERM. Picardon? Con efecto, me hablaron mucho de él en el despacho del Ministro de Hacienda, y aun me indicaron que era un hombre muy peligroso, á quien no se debia tener por enemigo, y sí tratarlo de igual á igual mas bien que como á subalterno.—Con que asi le recibiremos bien, y á todos en general. Aqui no tenemos amigos ni conocidos; somos recien llegados y... Pero á qué haceros estas prevenciones, cuando sabeis mejor que nadie hacer en mi ausencia los honores de la casa?

FAN. Cómo, va V. á partir?

CLERM. Bien á pesar mio, pero es preciso. (*Ap. á Luisa, llevándola á un lado.*) No estoy tranquilo hasta saber si esos papeles que aguardamos con tanto interés, han llegado á la prefectura de Nimes, segun previne. (*con dulzura.*) No es cierto que debo hacer ese corto viage?... (*Tomando la mano á Luisa.*)

LUI. (*Aparte á Clermont.*) Si, consiento en ello.

CLERM. (*en voz alta.*) Conque ahora al tocador. (*A Luisa y Fani. Se oye de nuevo ruido en la calle.*)

LUI. Otra vez ese rumor siniestro!

FAN. Vamonos de aquí, allá dentro no se oirá, y tendré menos miedo.

CLERM. (*Acompañàndola hasta la puerta.*) Dice bien Fany, pero tranquilizaos que eso no será nada. (*Vanse Luisa y Fany.*)

ESCENA VI.

CLERMONT, *despues* CRISTIAN.

CLERM. (*Aplicando el oido.*) El ruido aumenta y se oye mas cercano. Qué voces, qué amenazas! No comprendo lo que pueda ser. (*Se asoma á la ventana.*) Calle! Un hombre perseguido... insultado por la multitud!... Qué villanía! Voy á impedir... Por aqui, caballero, por esta puerta.... (*Al salir retrocede viendo entrar á Cristian, que viene precipitadamente, pálido y agitado.*)

CRIST. Perdone V., caballero, tiene V. un sable... una espada... ó aunque sea un estoque?... Oh! deme V. algo para castigar à esa canalla!

CLERM. Cómo! Es V. por ventura á quien el pueblo...

CRIST. Si, yo mismo, ó mejor dicho, mi levita

azul y mi aire militar son los que han atraido sobre mí el furor del populacho. Yo cruzaba la plaza tranquilamente, no me metia con nadie, y de improviso me acomete una turba de insolentes. Al principio conseguí rechazarlos... pero ya se vé, solo contra tantos... sin nada con que defenderme... he tenido que batirme en retirada. Corro de calle en calle, mis enemigos crecen; hallo abierta la verja de un jardin... entro en él... echo el cerrojo, y aqui me tiene usted, sin que mi turbacion me haya permitido anunciarme.... Pero, deme V. una espada, caballero, un arma cualquiera, un baston... cualquier cosa... Me han atacado á pedradas, y de algun modo he de devolvérselas, porque nunca he recibido nada sin devolverlo... se lo juro á V. Soy demasiado hombre para no hacerlo asi.

CLERM. Pero está V. en su juicio? Quiere V. esponerse inútilmente!

CRIST. Es que no comprenderá V. lo humillante que me ha sido esta fuga! Ah! (*Tirando al suelo el sombrero con rabia.*)

CLERM. Y cómo ha de vengarse V. de un pueblo entero? Eso en vez de valor, seria una ceguedad indisculpable.

CRIST. Sí, ya veo... (*Reponiéndose un poco.*)

CLERM. Además, la fortuna le ha traido á V. á mi casa, y en ella nada tiene V. que temer.

CRIST. (*Aplicando el oido.*) En efecto... no suenan ya sus gritos... No me habian visto entrar aquí. Con que soy su prisionero de V.? No me pesa, vive Dios! Gracias, caballero, gracias. (*con efusion.*)

CLERM. Cuando esté muy entrada la noche, entonces podrá V. salir del pueblo, por el cual no debiera V. de haber atravesado en estas circunstancias. Ese trage y ese aire militar...

CRIST. Qué diablo! Yo no tengo otro aire, ni otro trage tampoco. Ya me habian dicho á mi que estaba espuesto á que alguno me insultase; pero no creí que fueran tan infames... Asi que me bajé muy sosegado del carro que me conducia para seguir el resto de mi viage á pie... Voy ahí cerca, junto á Nimes.., á casa de mi antiguo coronel, que posee algunas haciendas y jardines; yo he sido en otro tiempo guardabosque, y tal vez podré servirle de algo... Pobre coronel! Cuanta será su sorpresa al ver que no llego; creerá que me han muerto á estas horas, y en verdad que sino es por V..... Gracias otra vez, no solo por mi, sino por él. Oh! V. no comprenderá el cariño que tengo al que tantas veces me ha guiado á la victoria.

CLERM. Por qué no? Yo he sido tambien soldado, y sé el afecto que engendra el valor y el peligro.

CRIST. Como! V. es un antiguo... Perdone V., ignoraba... Y si he de juzgar por la casa y por los muebles, V. debe de haber llevado los galones. Disimúleme V., como no le conocia le he tomado á V. por un simple propietario... bien se vé que su retiro de V. vale mucho mas que la paga de un pobre sargento de húsares como yo.

CLERM. Con todo, no he sido nunca mas que soldado raso.

CRIST. Soldado raso! En qué regimiento?

CLERM. He servido... bajo distinta bandera que V., amigo mio.

CRIST. Ah! sí, comprendo, y sin embargo, acaba V. de hacerme un beneficio... á mi!... Eso prueba que hay hombres de bien en todas partes, en todas las filas, en todos los grados, en todas las opiniones. Oh! esta idea me reconcilia con la sociedad. Quien sabe, caballero, si puestos alguna vez en campaña el uno frente del otro, le habré herido á V. con mi bayoneta, ó le habré tirado alguna cuchillada! Por si acaso le pido á V. mil perdones...

CLERM. (*Sonriendo*) Oh! tranquilícese V., eso no es posible, amigo mio, yo no he servido mas que en la Vendeé, y allí nunca tuve que habérmelas con ningun húsar.

CRIST. Pero es, que antes de ser húsar, pertenecí á los tiradores... que tanto dieron que hacer por allá... tambien he estado en la Vendeé con ellos... Oh! y no nos faltó en qué entretenernos... sobre todo, en Auray... Qué guindas nos enviábamos, y no en aguardiente, por mi vida!

CLERM. Demasiado me acuerdo.

CRIST. Estaba V. allí, eh?

CLERM. Precisamente en aquella accion me hicieron prisionero, y fuí condenado á muerte, pero gracias á una circunstancia milagrosa, me salvé cuando menos lo esperaba.

CRIST. De qué modo?

CLERM. Un valiente sargento...

CRIST. Un sargento dice V.?

CLERM. A la caida de la tarde me condujo con ocho tiradores fuera del campamento, y mandó hacer alto, detrás de unas rocas, á la orilla del mar, en cuyo parage debia cumplir la triste comision de que se hallaba encargado.

CRIST. De fusilarle á V. eh? y allí, esclamó, dirigiéndose á sus camaradas... Muchachos! que fruto sacareis de jugar al blanco con el pecho de un compatriota? Aquí, solos, á sangre fria! A mi me da compasion; y á nosotros tambien, contestaron; entonces cargaron sus fusiles....

CLERM. Sí, pero suprimieron las balas. Cómo lo sabe V.?

CRIST. Voto á! si fuí yo quien lo dispuso todo!

CLERM. V.! será posible?

CRIST. El mismo... boto á brios! (*con alegria.*)

CLERM. Mi salvador! Mi amigo...! (*abrazándole.*)

CRIST. Qué hace V. (*separándose.*) No puedo consentirlo. Yo le he librado á V. de nueve balas, es cierto; pero en cambio acaba V. de salvarme de cuatrocientas pedradas.—A mí si que me toca agradecer todavia...

CLERM. Hombre generoso! Cómo no le he conocido á V. antes?

CRIST. Tampoco yo recordaba esa fisonomia. Es verdad que ya ha llovido desde entonces. Luego ya las canas empiezan á asomarnos, y

este diablo de cicatriz me ha transformado en otro, aun para mis antiguos compañeros, que mas de una vez no me han reconocido... Es un chirlo de un inglés... Dios le haya perdonado, porque el pobre espiró. Tal vez me debe la salvacion de su alma.

CLERM. Oh! que gozo esperimento al encontrar á mi salvador! Mi casa es de V. Disponga V. de cuanto poseo... todo lo que V. quiera...

CRIST. Gracias, gracias; la amistad de V. es mi única recompensa.

CLERM. Perdone V. el esceso de mi alegria, pero deseo vivamente que le conozca á V. mi esposa, mi hija... V. me disimulará.

CRIST. Y de qué? No es el honor para mi?

CLERM. Pronto vuelvo, un instante no mas, y...

CRIST. Que diantre! Aguardaré hasta mañana si es preciso! (*Apretando afectuosamente la mano de Clermont que se va.*)

ESCENA VII.

CRISTIAN *solo.*

Qué franco y qué generoso! Confieso que he sentido un verdadero placer al conocerlo, y sobre todo, al verle contento y feliz!... Feliz sin duda... porque su esposa será amable, bella, virtuosa. (*se siente agitado por un recuerdo, y despues de una pausa hace un esfuerzo sobre si y se pone á mirar los muebles.*) Y se conoce que lo pasan bien... ¡Qué muebles, qué elegancia! Para estar de canton es esta una caserna famosa.

ESCENA VIII.

DICHO, FANI.

FAÑ. (*saliendo.*) Perdone V., caballero... Vengo á decirle á V. de parte de mi madre, que al momento tendrá el gusto ella misma de manifestarle su eterno reconocimiento.

CRIST. Su reconocimiento! Y de qué, señorita?

FAN. Pues no ha salvado V. en la Vendeé la vida de Mr. Rugiero Clermont?

CRIST. Rugiero Clermont! Cómo! El antiguo secretario del Conde de Aulnay?

FAN. Y el esposo de mi madre.

CRIST. Y por consiguiente su padre de...

FAN. No... Mr. de Clermont no es mi padre.

CRIST. Como! (*Naturalmente.*) Pues entonces de quién es V. hija?

FAN. Del primer marido de mi madre... que se llamaba Cristian Reynold.

CRIST. (*Fuera de si, y retrocediendo, ap.*) De Cristian Reynold! Dios mio, será posible? Tendré delante de mi?... No, no... aquellos pasos, aquellas huellas malditas que por dos veces diferentes descubrí al rededor de mi puerta; aquel hombre que se deslizaba entre las sombras hasta penetrar en mi casa... Oh! mis sospechas no me engañaron! Era Clermont... Clermont... No, no es hija mia... no lo es, sufro demasiado al verla para que pueda creerlo.

FAN. (*Que lo ha observado con estrañeza.*) Quisiera que me digese V. una cosa.

CRIST. Y yo que he tenido dos veces á ese hombre entre mis manos... (*Aparte como antes.*) Y las dos le he dejado escapar con vida; en la primera la ira me cegó y erré el tiro, no tenia en la ultima mas que decir fuego!... Y no lo dige... Necio de mi!... Ah! no: hice bien; entonces no hubiera podido saborear como ahora mi venganza, y Dios sin duda me reservaba este placer... Venganza, si, será terrible para él, para ella... Ah! Están aqui, juntos... han olvidado sin duda... pronto recobrarán la memoria... El me ha salvado la vida, sí... pero yo tambien en la Vendée salvé la suya... y estamos pagados.

FAN. Dios mio! que he dicho yo, caballero, que de tal modo le ha alarmado á V.? Me mira V. con una severidad... parece como que le ha irritado á V. mi presencia... Oh! pues á mi, confieso que sin saber porqué, me sucede lo contrario... Tal vez sea la causa el haber V. servido como mi pobre padre al emperador... respeto tanto á los veteranos del imperio... Con todo me mira V. de un modo que casi me asusto.

CRIST. Si, no es estraño. (*Con ironia.*) Y... dígame V., cómo es que su madre de V. ha contraido segundas nupcias? Se ha divorciado de su primer marido Cristian?

FAN. No señor. Mi pobre padre murió en Eylau en 1807, sobre el campo de batalla.

CRIST. (*Aparte.*) Eso es... me creyeron muerto y... miserables.

FAN. Si supiera V. cuanto le he llorado...!

CRIST. Si, eh?... (*con amarga ironia.*)

FAN. Aunque no le conoci; pero mi madre me hablaba á menudo de él con los ojos bañados en lágrimas...

CRIST. Cómo! tambien le lloraba su madre de V.! (*Irónicamente.*)

FAN. Pues acaso no le amaba con delirio?

CRIST. Luisa amaba á Cristian? (*Con aire de duda.*

FAN. Quién le ha dicho á V. que mi madre se llama Luisa?

CRIST. (*Aparte.*) Necio de mi! (*Dándose en la boca con la palma de la mano; á Fani con embarazo.*) Usted... usted misma... ahora hablandome de ella... Ah! no! Cuando entró V. se le escapó... me dijo V., mamá Luisa me ha encargado... no se acordará V. sin duda.

FAN. Es muy posible, caballero.

CRIST. Gonque... decia V... no estrañe V. mi curiosidad, porque me vá interesando la historia... decia V. que su madre amaba á Cristian...

FAN. Con todo su corazon... siempre estaba escribiéndole, pero nunca tuvo el placer de recibir una carta suya.

CRIST. (*Aparte.*) Ya lo creo. Apenas veia el sobre conocia la letra y las quemaba sin leerlas.

Luego segun eso, (*á Fani.*) él era quien no la amaba; él era el ingrato, puesto que la aban donó?

FAN. Poco á poco, caballero, mi padre la habia querido antes mucho, demasiado á lo que parece.

CRIST. (*Con amarga sonrisa.*) Si; demasiado! Y, cómo se estinguió ese cariño? No:... le ha contado á V. su mama... (*Fani hace una seña afirmativa.*) Si?

FAN. Sí.

CRIST. Ah! ya! Es cosa secreta!

FAN. Si señor, pero no para V., á quien debo mirar como á un verdadero amigo.

CRIST. Gracias! Continue V... ese secreto no saldrá nunca de mis labios. Conque... (*Con escesiva curiosidad.*)

FAN. Mi padre era bueno, virtuoso; oh! en eso no cabe duda. Mamá me lo ha repetido tantas veces... Pero...

CRIST. Pero?.. qué...

FAN. Pero tenia... no sé como decirlo.

CRIST. (*Con impaciencia comprimida.*) Un defecto... vamos, no es asi?

FAN. No señor, tenia dos.

CRIST. Dos! cuáles eran?

FAN. En primer lugar, aborrecia á los nobles, y en segundo... era muy celoso.

CRIST. Ah! era *muy* celoso, eh? (*con ironia.*)

FAN. Pues! Y como aborrecia á los nobles, mamá no se atrevia á decirle, que de cuando en cuando Mr. Rugiero Clermont atravesaba el Rhin, y venia durante la noche á su casa.

CRIST. Porque era su amante!... En efecto: esas cosas no deben revelarse á un marido. (*con severidad.*)

FAN. Esta V. engañado: si Mr. Clermont no la amaba.

CRIST. Entonces, por qué iba á verla? Bien que V. no lo sabrá, han hecho bien de no decírselo á V.

FAN. Al contrario, lo sé muy bien: Mr. Clermont iba á recoger el importe de algunas rentas secretas que mi madre recaudaba de los antiguos arrendatarios del Conde de Aulnay, emigrado entonces, y al cual se las llevaba Mr. Rugiero, su secretario, cada tres meses.

CRIST. (*sorprendido.*) Cielos! Qué dice V.?... pero... por qué se ocultaban del marido para?...

FAN. No habia cosa mas natural, porque en aquella época, semejante generosidad hubiera sido un crímen; porque la menor indiscrecion habria costado la vida á Mr. Clermont y aun á toda mi familia.

CRIST. Dios mio! Dios mio!... Pero... está V. segura de que eso es verdad! Lo sabe V. bien, hija mia?

FAN. Puedo jurarlo como mi madre, por lo mas sagrado que haya en el mundo.

CRIST. Perdonadme, Dios mio! (*Ap.*)

FAN. Asi fué que una noche...

CRIST. Oh! si, ya lo adivino... Una noche... ese Cristian, segun su costumbre, estaria celoso; segun su costumbre no querria escuchar nada, nada querria averiguar.. y.. me estremezco recordando... Su padre de V., señorita, es un desdichado... Tenia sospechas de su esposa... de un angel... Quiso asesinar á un hombre, no solo inocente, sino que llenaba una mision sagrada... Oh! Cristian fue un... Cristian era...

FAN. (*Vivamente.*) Caballero... era mi padre. (*Con energia.*)

CRIST. (*Ap.*) Y esta es mi hija, (*Con entusiasmo.*) sí voto á brios, es mi hija que toma mi defensa! Qué corazon! Que noble proceder! Lo mismo que Luisa: sí, es ella, no me cabe duda! Y no poder descubrirme! No poder estrecharla entre mis brazos! No: seria perderlos á todos. Que es lo que he hecho, Dios mio! Luisa era inocente, y yo soy el culpable. (*Cae en una silla.*)

FAN. Aqui viene mamá.

ESCENA IX.

DICHOS, CLERMONT, LUISA.

CRIST. (*Reponiéndose lo posible, ap.*) Luisa! valor... Qué voy á hacer?

FAN. Ven mamá, ven, aqui tienes á este caballero... cómo se llama V.?

CRIST. Señorita... á qué lo he de decir? El nombre no hace al caso.

LUI. Tiene V. razon, caballero; nada importa su nombre en estos momentos para apreciar dignamente su noble proceder de V. Mr. Clermont acaba de contarme con qué generosidad le salvó V. la vida...

CLERM. Y tambien que desde hoy será V. para nosotros un amigo... un hermano.

LUI. Le suplicamos á V. que mire esta casa como la suya propia, y que disponga V. de todo cuanto nos pertenece.

CRIST. Señora... V. es demasiado bondadosa...

FAN. Ah! si; se quedará V. con nosotros, ¿no es verdad?

CLERM. Sea como quiera... si nuestro amigo se detiene en Nimes, lo veremos muy á menudo, porque desde luego somos vecinos.

CRIST. No... perdone V.... Lo he reflexionado y... seguiré mi viage hasta Marsella... ó Tolon. Alli encontraré algun buque que salga para las Indias, para la América... Es lo mejor; á nosotros, los antiguos soldados, ya no nos quieren en Francia... hicimos nuestro papel; pero ahora debemos irnos á morir á otra parte. Yo, particularmente... estoy de mas en el mundo, y cuanto mas pronto dé á Dios mi alma... (*Movimiento de los otros.*) Oh! tengo mis razones para desearlo: y me conviene no solo á mi, sino á otros tambien.

FAN. Qué está V. diciendo? (*Aflijida.*)

CLERM. Yo espero que V. variará de resolucion: entre tanto le ruego á V. por nuestra amistad, que aguarde aqui hasta mi regreso.

CRIST. Cómo! Va V. á partir?

CLERM. Tengo precision de ir á Nimes á reco-

jer varios papeles importantes en la prefectura; pero dándome prisa, como lo haré, puedo estar de vuelta á la noche. Me aguardará V., no es asi?

LUI. Ya lo oye V. caballero, rehusará V. todavia...

FAN. Quédese V., yo se lo ruego.

CRIST. Al fin y al cabo... si todos ustedes se empeñan... me quedo, puesto que no hay otro remedio. (*Ap.*) Si; antes de alejarme para siempre, gocemos al menos unas cuantas horas de felicidad viéndolas. No es mucho exijir por vida mia!

CLERM. Ya estoy tranquilo, y puedo marchar en seguida. Adios, Fany, hasta la vista. (*Abrazándola.*)

CRIST. (*Ap.*) La abraza! un estraño abrazar á mi hija, mientras yo...

CLERM. Aunque ya se ha retirado el populacho, saldré por la puertecita del jardin. No quiero que noten mi ausencia, y quieran á favor de ella...

LUI. Tienes razon.

CRIST. Tienes! (*Ap. repitiendo la palabra de Luisa con enojo.*)

CLERM. (*A Fany abrazándola.*) No me olvidaré de traerte algun regalillo...

CRIST. (*Ap.*) Otra vez la está abrazando! otra vez... suframos, Cristian!

CLERM. Luisa, quisiera que me acompañases hasta el estremo del jardin... tengo que darte algunas instrucciones... Adios, amigo mio. (*Dándole la mano á Cristian.*) Hasta la noche. (*Vase con Luisa por la puerta izquierda.*)

FAN. Hasta la noche.

ESCENA X.

CRISTIAN, FANY.

Cristian se sienta en primer término. Fany corre hácia la ventana del fondo y se la vé responder con señas á otras que se supone hacen desde fuera.

CRIST. (*Ap.*) Luisa! Luisa mia! Me parece un sueño el haberla visto... tan hermosa! tan amable! tan buena! ¿y su hija?.. Oh! nuestra hija? es hechicera! (*Se vuelve para contemplar á Fany, al mismo tiempo tiran por la ventana una piedrecita envuelta en un billete, y cae á los pies de Cristian.*)

FAN. (*Ap.*) Cielos! Qué imprudencia.

CRIST. Calle! que significa esto? (*coje la piedra y quita el papel.*)

FAN. Creo... creo que es para mi!

CRIST. (*Con aire burlon.*) Es V. acaso Bonapartista para que le tiren piedras, hija mia? Sin embargo, veo que la tratan á V. mejor que á mi, porque al menos esta viene envuelta en un papel, sin duda para que no lastime tanto.

FAN. Caballero, V. no me culpará sabiendo que solo la imprudencia de Mr. Jorge...

CRIST. Eh? quién es ese Mr. Jorge?

FAN. Un joven...

CRIST. Pardiez, ya comprendo que no será un viejo... pero ese joven...

FAN. Me ama.

CRIST. No tiene mal gusto el mancebo. Y dónde está?

FAN. En casa le juzgan en París, pero se halla en esa posada de enfrente. No ha comprendido mis señas... creyó sin duda que estaba sola...

CRIST. Es preciso que le devuelva V. su carta por el mismo camino que la ha enviado.

FAN. Dice V. bien... pero no me atrevo...

CRIST. Teme V. romper los cristales de su ventana?

FAN. Temo desesperarle.

CRIST. Una joven no debe leer cartas de ningun amante.

FAN. Es verdad, pero V. es diferente... V. que no es una joven podia... podia leérmela.

CRIST. En efecto; yo no soy una joven y puedo... (*Lee y se queda sorprendido.*) Qué veo! Le propone á V... se atreve á proponerle á V. un rapto! Oh V. no consentirá, señorita; es preciso que rechace V. semejante idea! Estos hombres no llevan mas que un objeto... perder á las jóvenes... deshonrarlas!.. Qué seria de su madre de V.? Su pobre madre que la ama á V. tanto, que nunca se ha separado de V..., Iria V. á abandonarla de ese modo, huiria V. de sus consejos, de su cariño, por entregarse á merced de un hombre estraño, de un seductor... Sabe V. que si tal sucediera, su madre de V. se moriria, y quizá no podria al morir revocar la maldicion que sobre V. hubiese lanzado!

FAN. Pero yo no soy culpable!

CRIST. Ese hombre que se ha atrevido á proponer á V. un rapto, es indigno...

FAN. Ah! Si V. le conociera, no le acusaria de ese modo.

CRIST. Luego V. le defiende?

FAN. Yo le amo.

CRIST. Pero no mas que á su madre de V., mas que á su padre!

FAN. Mi padre!

CRIST. Si viviera, quiero decir... Oh! Señorita; acuérdese V. del pobre Cristian. Si él viviese ahora, detente, Fany, le diria á V. llorando. (*Profundamente conmovido y exaltándose por grados.*) Fany, hija mia, yo te lo suplico! Ten piedad de nosotros! Júrame no abandonarnos! Júramelo. No es verdad, Fany que no te separarás de tu madre?.. Nosotros te amaremos tanto, tanto, que este amor te hará olvidar el otro! Una palabra! pronuncia una palabra que me tranquilice! Tú no puedes comprender lo que sufren los padres á quienes sus hijos abandonan! Fany, tú no sabes lo que sufren... aqui en el corazon! Oh! tu padre te lo ruega! hija mia! Hija de mi alma!..

FAN. (*Sorprendida.*) Cómo!

CRIST. (*Reponiéndose.*) No... esto... esto, es lo que su padre de V. la diria si viviese.

FAN. Sí... sí... yo seguiré sus consejos de V., seré digna hija de Cristian.
CRIST. Y él la bendecirá á V. desde el Cielo... gente viene... que no conozcan...

ESCENA XI.

DICHOS, LUISA.

LUI. Perdone V. si le he dejado por un instante.
CRIST. Usted es muy dueña...
LUI. Pero ya me tiene V. aquí, dispuesta á complacerle.
CRIST. En cuanto á eso... (*ap.*) Qué iba á decirle? Ah! conozco que no puedo permanecer delante de ella, que mi imaginacion se estravia, que mi dolor se aumenta... que no soy dueño de mi mismo. (*alto*) Señora... Señorita... Ustedes me perdonarán si... yo agradezco en el alma tanta bondad, tanta distincion... pero... yo... estraño en esta casa...
LUI. No, caballero, V. no es un estraño para nosotras. V. es nuestro amigo desde el dia en que salvó V. la vida á M. Clermont.
CRIST. (*Con una emocion profunda*) Usted es demasiado amable... demasiado buena... pero por lo mismo... Ustedes están alegres, contentas, y en tanto yo... Hace poco me ofreció V. (*á Luisa*) una habitacion, y quisiera retirarme por algunos momentos, porque... estoy... me encuentro... (*ap.*) Qué martirio!
LUI. Cómo V. guste; ya le dije á V. que esta era su casa.—Fany podrá dirijirle...
CRIST. Gracias, venga V. Señorita.
(*Nuevos rumores en la calle.*)
LUI. Todavia esa gente?
PICARD. (*dentro.*) Bien, bien, amigos mios. Decis que nuestro hombre está aquí? Ahora lo veré yo, y todo se arreglará.
LUI. (*Asomándose con terror á la ventana.*) Es Mr Picardon... y está en medio de un grupo del populacho.
PICARD. (*dentro*) Poco á poco; eso no; dejadme entrar á mi solo.
LUI. (*Aun en la ventana.*) Les habla y les promete asegurarse de que nadie se ha refugiado en casa. Ah! Dios mio! Les jura entregar á V. en sus manos si llega á encontrarle aqui!
CRIST. Pues bien, yo voy á ahorrarle el trabajo de buscarme. (*va á salir.*)
LUI. (*Deteniéndole.*) No, no, deténgase V... suben por la escalera... es él... déjeme V. á mi, y secúndeme en todo con calma y serenidad.

ESCENA XII.

DICHOS, PICARDON.

PICARD. (*saliendo.*) Ahora veremos... Pero caténle ustedes aquí... Este es el mismo hombre que mis entusiastas compatriotas andan buscando... levita azul, aire militar... Las señas son esactas.
LUI. (*vivamente.*) Caballero, no le comprendo á V. Este es M. Clermont.
CRIST. (*ap. á Luisa.*) Cómo!
LUI. (*ap. á Cristian.*) No me desmienta V, ó es V. perdido.
FAN. (*Ap.*) Ah! ya entiendo...
PICARD. (*dudando.*) Este... este caballero es el Sr. Intendente de Rentas?
LUI. Por qué se admira V?... Vaya, confesemos, Mr. Picardon, que en su pueblo de V. suceden cosas muy particulares. Apenas recien llegado Mr. Clermont sale á la calle, y se vé acometido de pronto por una multitud desenfrenada, sin hallar medio de que le escuchen la menor palabra, que pueda justificarle, y se ve obligado á huir y refugiarse en su casa...
PICARD. Pero... Mr. de Clermont... en ese trage..!
CRIST. Qué tiene de estraño? Yo he servido...
LUI. En la Vendeé
PICARD. En la Vendeé? Calle! ha estado allí el Sr. Intendente?
LUI. Sin duda, mi esposo...
FAN. Mi padre...
CRIST. (*ap.*) Su esposo! su padre! Ah! Cómo llenan mi corazon de gozo esas palabras!
PICARD. Entonces... supuesto que este caballero es Mr. Clermont, trataremos de asuntos rentísticos: justamente hay varios que despachar...
CRIST. Bien, bien, Mr. Picardon... Pero en este momento, ya lo vé V., no debo pensar mas que en tranquilizar á mi esposa... á mi querida Luisa... Está la pobre tan asustada del peligro que he corrido, que, vea V. como tiembla todavia... (*á Luisa.*) Vaya, querida mia, tranquilízate, no hay nada que temer... esas gentes se habian engañado... A quién no puede sucederle lo mismo! Ignoraban que yo fuese tu esposo... Pero aquí me tienes... nada temas: (*bajo á Luisa.*) Es preciso quitarle la menor sospecha. Tranquilízate, estás en los brazos de tu marido! (*La abraza con exaltacion y á Fany,*) Y tú, que haces ahí, tan cavizbaja? Pobrecilla, está celosa porque no la he abrazado antes. Ven acá, ven al lado de tu padre. Qué poco conoces lo que te quiero! Oh! acércate mas; las dos teneis el mismo sitio aquí en mi corazon, prendas de mis ojos! Luisa, Luisa! (*á Fany.*) Hija de mis entrañas. (*ap. abrazándole.*) Ah! Qué dichoso soy! dejadme que goce en abrazarlas. Dejadme llorar de alegria. (*llora.*)
LUI. Como penetra su voz en mi alma!
PICARD. (*ap*) Está visto... Es el mismo Mr Clermont... Pero se me figura que es demasiado sensible para Intendente!
CRIST. (*ap. con espansion.*) Ah! Con que placer respiro! Siento rejuvenecerme... siento volver á la vida por instantes!
LUI. Ahora Mr. Picardon, espero que me hará V. el favor de decir á esas gentes...
PICARD. Al instante, Señora, (*se asoma á la*

ventana.) Eh! amiguitos! Habeis cometido una torpeza imperdonable. Habeis perseguido nada menos que al nuevo Intendente nombrado por S. M. Id con Dios, y procurad otra vez evitar semejantes errores. (*volviendo á la escena.*) Oh! son muy buenos chicos! Obedientes, humildes como borregos! dulces como... Con que si V. me lo permite, M. Clermont, comenzaremos á tratar de nuestros negocios.

CRIST. Bah! no podremos hacerlo un poco mas tarde?

PICARD. Su plaza de V. ha estado vacante mucho tiempo, y tengo tanto espediente atrasado que..

CRIST. En buen hora (*Aparte á Luisa.*) No tenga V. miedo, yo he sido tres veces sargento de brigada, y entiendo algo de números. Verá V. que pronto logro quitármele de encima (*Alto*) Adios, esposa mia, adios Fany... Cómo! te vas así, con ese aire de desden? Vamos! ... (*La abraza.*)

FAN. Cuanto le quiero á V.

LUI. (*A Picardon.*) Hasta luego. (*Vase con Fani.*)

ESCENA XIII.

PICARDOÑ. CRISTIAN.

PICARD. Mr. Clermont.... Siento ser indiscreto... pero desearia me dijese V. si habia examinado ya las cuentas que le dejé esta mañana sobre la mesa.

CRIST. Si... ya... conque es preciso que yo las examine! Lo que es en punto á aritmética..... Oh! en aritmética soy muy fuerte; y V., qué tal? Los quebrados.... la sustraccion....

PICARD. Oh! en cuanto á sustraer, lo hago á las mil maravillas.

CRIST. Es que yo no perdono la mas pequeña equivocacion en una cuenta. Y el que me las enmarañe.. (*Con tono amenazador.*)

PICARD. (*Ap.*) Soy perdido! Con una sola ojeada vá á descubrir el enjuague! (*alto.*) Mr. Clermont... Mr. Clermont... debo advertir á V. que... ya se vé, hay ciertos impuestos de poca entidad... frioleras, estamos? que el antiguo intendente y yo...

CRIST. Eh?

PICARD. Pues, nos olvidábamos de poner en el estado general. El gobierno es tan rico... que... comprende V.?

CRIST. Ah! ya caigo... bien, bien, Mr. Picardon, yo confio en V., y aun creo que llegaremos á entendernos... No tenga V. cuidado. Solamente quisiera... no sé si V. lo adivinará; no estoy muy al corriente, y seria facil que me equivocase en perjuicio de entrambos... Estiéndame V. una notita bien circunstanciada de lo que V. decia, y...

PICARD. Comprendido! (*Con alegria.*) No esperaba yo menos... Voy al instante... No tendrá V. mas que echar la vista en ella para saber tanto como yo.

CRIST. Justamente ese es mi mayor deseo. (*Ap.*) Ah! tunante! Ya te tengo en mi poder!

PICAR. (*Ap.*) Lo mismo que los otros! (*alto.*) Mr. Clermont, tengo el honor...

CRIST. Hasta despues, amigo mio. (*Vase Picardon.*)

ESCENA XIV.

CRISTIAN. FANI.

CRIST. (*A Fany que sale muy despacio por la derecha.*) Calle. Nos estabas escuchando, hija mia?... (*Reponiéndose.*) Oh! perdone V., señorita, me olvidaba de que ya estamos solos, y que no tenia necesidad de llamarla á V. mi hija.

FAN. Oh! deme V. siempre ese nombre: tráteme V. como á su hija, asi tendré valor...

CRIST. Valor! para qué?

FAN. Para suplicar á V., para rogarle que no me abandone... Yo no tengo á quien recurrir en mis pesares sino á V. No es cierto que V. me protegerá..? Qué V. hablará á Mr. Clermont...? Sí, sí, V. puede convencerle... sino voy á ser muy desgraciada. Oh! se lo juro á V.; mi corazon me dice que si me separan de Jorge para siempre, pronto dejaré de existir.

CRIST. Cómo?

FAN. Lo duda V.? oh! no comprende V...!

CRIST. Lo que es amar? Se equivoca V., hija mia: yo tambien he amado tanto como otro cualquiera... quizá mas que otro cualquiera.

FAN. Y ha sufrido V. tambien?

CRIST. (*Mirándola, y despues de una pausa.*) Mucho...!

FAN. Entonces tenga V. piedad de mí!

CRIST. Conque tanto ama V. á ese joven?

FAN. Si le amo! No es posible conocerle sin esperimentar hácia él un afecto sincero. Pregunte V. á cuantos le conocen en Alsacia, y no habrá quien no tribute elogios al nombre de Jorge Raymond.

CRIST. Se llama Jorge Raymond! (*Sorprendido.*)

FAN. Si Señor... V. le conoce?

CRIST. Asi... de nombre solamente. Y dígame V., ¿qué hay en esto? Su mamá de V. sabe que V. ama á ese joven? Sabe cuál seria su dolor de V. si no volviera á verlo?

FAN. Mamá no ignora nada, y si en ella consistiese... Pero es Mr. Clermont quien se opone abiertamente á nuestro enlace. Teme perder su empleo si dá mi mano al hijo de un hombre que...

CRIST. Que ha servido al usurpador! Como dicen esos miserables! Lo comprendo todo, Señorita, pero no tenga V. cuidado... Yo mismo hablaré á Mr. Clermont.

FAN. Qué oigo!... pero le responderá á V. que es imposible.

CRIST. (*Con despecho.*) Eh?

FAN. Sin embargo V. insistirá, no es así?

CRIST. Hasta conseguirlo.

FAN. Con todo, él no cederá nunca, y en-

tonces...

CRIST. Entonces... entonces... lo veremos.

FAN. Se marchará V.? ah! Y asi va V. á abandonarme!

CRIST. No, no, jamás.

FAN. Cómo nos dijo V. que iba á partir esta misma noche..?

CRIST. Sí, lo dije, es verdad; lo dije porque juzgué que mi presencia no era aquí necesaria; pero desde el momento en que se trata de su felicidad de V., una vez que puedo impedir que sea V. desgraciada, que me ha hablado V. de desesperacion y de muerte, ya no me voy, voto á brios! me quedo, sí, me quedo, y le juro á V. protejerla y ampararla. (*Ap.*) Ahora Dios hará lo demás.

FAN. (*Aplicando el oido.*) Cielos, aquí viene.

CRIST. Quién?...

FANI. Mr. Clermont.

CRIST. Tan pronto de vuelta!

FAN. Yo me retiro.—No podria estar en presencia suya... por Dios, procure V. convencerle...

CRIST. Descuide V.

FAN. Dígale V. cuanto amo á Jorge; que sin él la vida me va á ser insoportable, que...

CRIST. Ya, ya; no necesito que V. me esplique nada: retírese V., y confie en mí.

FAN. V. es mi esperanza. (*Vase.*)

ESCENA XV.

CRISTIAN *solo.*

Pobre niña. Y yo... yo que despues de tantos sufrimientos, la estrecho entre mis brazos, tan pura, tan inocente, he de verla llorar sin enjugar sus lágrimas? Oh! esto seria demasiado; harto me sacrifico, harto disimulo, y no puedo, no debo consentir que la hagan desgraciada. Quiero hablar con ese Mr. Clermont, tan orgulloso con sus ínfulas de padre. Quiero decirle... pero tengamos prudencia, aqui no se han de tratar los asuntos como cuando estaba en el vivac ó en el cuerpo de guardia. Es preciso hablar de ellos friamente, con calma y con buenas razones... Me parece que viene... Ya se me sube la sangre á la cabeza. Es singular, siempre que procuro contenerme, me sucede lo mismo. Aqui está.

ESCENA XVI.

CRISTIAN. CLERMONT.

CLERM. Ah! es V., amigo mio? Deme V. la enhorabuena.— En el momento en que salia de este pueblo, me he encontrado felizmente un correo de Nimes, que me traia los papeles que iba yo á buscar allá.

CRIST. Está V. contento, eh? Me alegro, porque cuando uno es dichoso... se halla mejor dispuesto...

CLERM. Qué quiere V. darme á entender?

CRIST. Yo?... Nada... Es decir, cuando digo nada... es que hay algo...

CLERM. Hable V.

CRIST. (*procurando contenerse.*) Sí, caballero,.. porque V. es un caballero... eso se conoce á legua; así es que si yo hablára á otro que no fuese V... estaria menos tranquilo... pues! Me costaria mas trabajo decir que hay en esta casa una persona que padece mucho, y que V. no trata de evitarla esos pesares.

CLERM. Cómo? A quien se refiere V.?

CRIST. Me refiero á la Señorita Fany... Ya lo vé V. Me he ido derecho al negocio, y sin embargo, estoy tranquilo.

CLERM. Cómo! Fany le ha dicho á V....

CRIST. Sí, me ha dicho... Diablo, yo no puedo ahora esplicarme... pero me ha dicho que es infeliz... Yo he procurado consolarla, le he hecho presente un sin fin de reflexiones, y entre ellas la de que Dios le habia encomendado á V. su bienestar, y que V. no seria capaz de hacerla desgraciada.

CLERM. Fany desgraciada!... Me parece sin embargo...

CRIST. Ya! Qué tiene ricos trages, que se halla habitando una casa magnífica, que no carece de nada..... Pero constituye esto solamente la felicidad de una joven? No, cuando se pretende que uno renuncie á las personas á quienes ama...

CLERM. Vamos, V. habla de Mr. Raymond.

CRIST. Precisamente. Hay algo que decir en contra de ese joven? No es honrado? No es valiente? No lleva un apellido respetable? Por vida mia, qué mas puede V. desear en un yerno?

CLERM. Caballero, ya he dicho antes á Fany los graves motivos que me impiden...

CRIST. Sí, motivos políticos! Qué á mi me los espusiese V., vaya; pero á ella; no hay duda que son escelentes razones para convencer á una niña que ama y es amada, y que sufre y se desespera de continuo.

CLERM. Sin embargo, esas razones deben ser suficientes, puesto que en virtud de ellas, he decidido que Fany no sea la esposa de Mr. Jorge.

CRIST. (*Animándose.*) Y cree V. llevar á cabo su negativa? Piensa V. decidir á su libre albedrio de la dicha ó la infelicidad de esa niña, y que nadie vendrá á decirle á V., alto ahi?

CLERM. Caballero... á cualquiera que fuese bastante osado para entrometerse en asuntos que no le competen, sabria contestarle que yo soy el padre de Fany.

CRIST. V.? No: V. no es mas que el esposo de su madre.

CLERM. Caballero...! y... quién es V.? digo yo ahora, para intervenir de ese modo en nuestras cuestiones de familia?

CRIST. Quién soy yo? (*Con energia.*)

CLERM. Sí, V., necesito saberlo al instante.

CRIST. Pues bien, yo soy... (*Reponiéndose.*) un amigo del padre de Fany, del desgraciado Cristian.

CLERM. Amigo suyo?

CRIST. Al morir en Eylau me recomendó su hija, su hija á quien nunca habia visto.

CLERM. Se la recomendó á V.!

CRIST. A mi. Ahora ya vé V. que al fin del cuento, no me entrometo en lo que no me importa.

CLERM. Y qué? Piensa V. por ventura que he de abandonar el porvenir de Fany á un hombre que viene reclamando derechos que no están justificados en ningun título?

CRIST. (*Con amargura.*) Ah! V. exije poderes, no es esto? Documentos... como si hubiese escribanos en el campo de batalla. No. Cuando le llegaba la suya á un camarada, cuando caia moribundo alli, á nuestro lado, compañero, decia el que estaba mas cerca, si dejas en tu pais una madre anciana, una muger ó una hija que necesite de un brazo leal que la ayude ó que la defienda, cuenta conmigo. Entonces el herido espiraba tranquilo, y si el otro escapaba de la muerte, cumplia su palabra sin mas ceremonias ni formalidades.

CLERM. Sin embargo, V. no se ha acordado de la suya, caballero, porque desde el combate de Eylau, no ha aparecido V. hasta hoy.

CRIST. Si le hubiesen herido á V., si le hubieran hecho prisionero los Rusos, y enviado á la Siberia...

CLERM. Pero, en fin, la prueba...

CRIST. La prueba? Voy á dársela á V., voy á decirle lo que Cristian no ha dicho nunca á nadie sino á mi... y V. verá si he sido ó no su amigo. Se acuerda V. de la Aldea de Ettenh en Alsacia? Se acuerda V. de la noche del 3 de Diciembre?

CLERM. Esa noche...

CRIST. Esa noche pasó V. el Rhin por la tercera vez, y vino V. á la casa del Guarda-bosque á recojer las rentas que Luisa le reunia para la familia del Conde de Aulnay.—Aquella noche Cristian le tuvo á V. por un rival, se creyó vendido, deshonrado, y se echó furioso su carabina á la cara... Afortunadamente le temblaba la mano, y contra su costumbre erró el tiro... Despues.... despues se alistó en las tropas de Bonaparte; en todas las batallas arrostraba los mayores riesgos; sus camaradas creian que aquello era valor, y en realidad no era sino desesperacion, porque Cristian era desgraciado y buscaba la muerte. Podrá V. negarme ahora que le he conocido? Me disputará V. despues de lo que le he contado, que tengo derecho de velar por la suerte de Fany? Oh! no, no me lo negará V...

CLERM. No?

CRIST. No me lo negará V., porque podria suceder que yo perdiese mi serenidad, que faltase á la promesa que me he hecho á mi propio, y entonces pronunciaria una palabra... una solemne palabra que podria perdernos á todos.

CLERM. Creo que V. me amenaza!

CRIST. (*Con exaltacion.*) Sí, le amenazo á V. Qué tenemos?.. Y... no se oponga V. á mis razones, no intente V. negarme el derecho de defender á esa joven contra todo el mundo, contra V... sí, contra V., y aun contra su misma madre. Usted pretende sacrificarla á una ambicion ridícula, y se llama V. su padre! Oh! no profane V. ese santo nombre, porque se espondria V. á que yo le digese que miente.

CLERM. Caballero!

CRIST. Sí, que miente V.

CLERM. Caballero, V. ha sido militar... yo tambien... y debe comprender que yo no consiento que en mi propia casa...

CRIST. Es verdad. Salgamos de su casa de V. Eso es lo que yo quiero.

CLERM. Al instante. (*Con ira.*)

CRIST. Ahora mismo.

CLERM. Soy con V. (*Vase por la izquierda.*)

ESCENA XVII.

CRISTIAN. LUISA.

LUI. (*Saliendo por la derecha.*) Dios mio. Qué voces! qué sucede?

CRIST. Sucede, Señora, que entre Mr. Clermont y yo, se trata de la felicidad de su pobre hija.

LUI. De Fany?

CRIST. Sí, de Fany, de la hija de mi antiguo camarada Cristian.

LUI. De Cristian! V. le conocia!

CRIST. Fany me lo ha contado todo, me ha suplicado que la defienda, y la defenderé contra Mr. Clermont y contra V. que es su madre.

LUI. Contra mi?

CRIST. (*Con amargura.*) Y por qué no? No le ha dado V. un estraño por padre?.. Oh! Sin duda le era á V. muy penoso el guardar en su corazon de V. el recuerdo del hombre que tanto la amó.—Sin duda le era á V. muy penoso vivir siendo fiel á su memoria y á sus infortunios. El mismo Cristian, aunque no la creia á V. merecedora de su cariño, antes que dar á otra su mano, antes que consagrar á otra muger el amor que en V. habia colocado... Cristian prefirió la muerte... V. no merecia tal sacrificio.

LUI. Infeliz! Infeliz! (*Llorando.*)

CRIST. Ya ha muerto, y esas lágrimas son por lo menos tardias. V. llorar? V. que le ha olvidado completamente, V. que quiere sacrificar á su hija!

LUI. Oh! esas reconvenciones son muy crueles, caballero... pero no! son merecidas. Pobre Cristian! Si yo no hubiese dudado de su buen corazon, de su generosidad, no le habria ocultado aquel secreto, y él no me habria abandonado tampoco; ni hubiera ido en pós de la miseria y de la muerte! Yo sola, yo soy la culpa-

ble! Perdona, esposo mio! (*Alzando los ojos al Cielo.*) Perdona! yo salvaré á tu hija, yo la haré feliz, renuncio á todo, á mi fortuna! A mi casamiento...

CRIST. Cómo!

LUI. Aun es tiempo, si, aun estoy libre para poder labrar la felicidad de Fany.

CRIST. Libre! Qué escucho! Oh! necesito que V. me lo repita! Libre!.. Dios mio!

ESCENA XVIII.

DICHOS. Mr. CLERMONT, *déspues* FANY.

CLERM. (*Saliendo.*) Cuando V. quiera.

CRIST. No: antes de todo... una palabra! Una sola! Esta Señora acaba de decir... ha dicho que es libre!.. libre, comprende V?.. Qué significa esto! Pronto, pronto! ¿Es verdad? Es verdad caballero?

CLERM. Cómo! Le ha dicho á V...? Pues, bien, yo no puedo consentir que la reputacion de esta señora padezca un solo instante. En la precision de dejar á París precipitadamente, y no teniendo aun en mi poder los papeles necesarios para verificar nuestra boda, esta Señora consintió en llevar con algunos dias de anticipacion el nombre de esposa que muy pronto iba yo á darle.

CRIST. (*Con arrebato.*) Dios mio! Esto es un sueño!... No puede ser otra cosa! Con que si Cristian se presentase ahora delante de ustedes...

CLERM. Sabria cederle un puesto que nunca le he disputado.

LUI. Y yo le pediria de rodillas que me perdonase y le pondria delante á su hija, á Fany, para que la estrechase contra su corazon.

CRIST. (*Viendo salir á Fany por la derecha.*) Sì, mi hija! Ven, Fany! ven hija mia! corre á los brazos de tu padre!

FAN. (*Abrazándole.*) Ah!

CLERM. Qué oigo!... V. es...

LUI. Es Cristian. (*Corriendo á él.*)

CRIST. Sí, yo soy Cristian! He tenido que darme á conocer! ¡Como nos cambia el tiempo! (*á Luisa que quiere echarse á sus pies.*) Qué haces Luisa? En mis brazos! Oh! tú eres quien debe perdonar! (*á Clermont.*) y V. caballero... no puedo reprimir mi alegria...

CLERM. Cristian, al verla abandonada (*Señalando á Luisa.*) por mi causa, juré hacerla feliz.... En su rostro veo que ya lo es... y me quedo tranquilo. Mi honor y mi conciencia están á mayor altura que todos los sentimientos de vanidad y de amor propio.

ESCENA XIX.

DICHOS. PICARDON.

PICARD. (*Saliendo.*) Mr. Clermont...

CLERM. Qué busca V.?

PICARD. Es al Sr. Intendente á quien me dirijo.

CRIST. Con efecto, es á mi á quien... (*Se dirige á un lado con Mr. Picardon.*)

PICARD. (*Ap. á Cristian.*) Aqui le traigo á V. aquella notita... Verá V. como prueba claramente...

CRIST. (*Tomándola ap. á Picardon.*) Si, prueba que eres un bribon como un templo!

PICARD. Es decir...

CRIST. No, es dar á cada uno su nombre. (*Haciendo dar una vuelta á Picardon, que se coloca frente á Mr. Clermont.*) Media vuelta! marchen! Aqui tiene V. al señor Intendente.

PICARD. (*Cortado.*) Cómo, Mr. Clermont..!

CLERM. Yo soy.

PICARD. Pero llueven aqui Intendentes, señores?

CRIST. No le ha dicho á V. ya que es él?

PICARD. Entonces, quién es V.?

CRIST. Yo? El soldado á quien esta mañana han hecho tan buen recibimiento en este pueblo!

PICARD. Calle! V... En que me detengo? Voy á llamar á los mios! (*Va hácia la ventana.*) Muchachos! hijos!

LUI. Qué hace!

CRIST. (*Deteniéndole.*) Silencio, en las filas, canalla.

PICARD. Como!

CRIST. Chito... y escuche V. la consigna. Ahora mismo vamos á partir para Nimes, y V. ha de acompañarnos hasta las puertas de ese pueblo, con el semblante rebozando de placer... la sonrisa en los labios... el sombrero debajo del brazo, y con ademan complaciente y sumiso, para que inspiremos respeto al populacho.

PICARD. Yo! Qué esta V. diciendo?

CRIST. De lo contrario, Mr. Clermont publicará esa notita... tome V. (*Se la dá á Mr. Clermont.*)

CLERM. (*Despues de leerla.*) Qué veo! Sabe V. caballero, (*á Picardon.*) que hay motivo para...

PICARD. (*Con viveza.*) Para acompañar al señor á donde quiera dirigirse.

CRIST. En marcha, vamos á casa del padre de Jorge Raymond, á casa de mi antiguo coronel!

FAN. Será cierto?

CRIST. Voto á sanes! Jorge es un gallardo joven! Yo he sido quien primero que nadie le enseñé á jugar el florete... y quien.. (*Luisa estiende su mano con dignidad á Mr. Clermont que se la besa respetuosamente.*) Mr. Clermont. (*abrazándole.*) V. me perdonará, no es cierto? V. será siempre nuestro mejor amigo!

CLERM. Leal y sincero como nadie.

CRIST. Ah! ya lo esperaba yo. Vamos, Luisa, vamos, hija mia. Con vosotras la vida y la felicidad! (*Cae el telon.*)

FIN DE LA COMEDIA.

MADRID: 1846.

IMPRENTA DE DON VICENTE DE LALAMA,

Calle del Duque de Alba, n. 13.

ADVERTENCIA.

Por un olvido, se han dejado de poner los personages á la cabeza del segundo acto y son los siguientes:

CRISTIAN.
RUGIERO CLERMONT.
PICARDON, *recaudador de contribuciones.*
LUISA.
FANY.
UN CRIADO.



Propiedades de que consta la Biblioteca Dramatica.

El Page de Woodstock, en un acto.
La Barbera del Escorial, Id.
El derecho de primogenitura, Id.
¡Un buen marido! Id.
La vida por partida doble, Id.
Percances de la vida, Id.
El maestro de escuela, Id.
El Rey de los criados ó acertar por carambola, en dos actos.
La Hija de mi tio, Id.
César, ó el perro del castillo, Id.
Un pariente millonario, Id.
Los pupilos de la Guardia, Id.
La Modista alférez, Id.
Un Avaro, Id.
El Guarda-bosque, Id.
El Diablo nocturno, Id.
Un dia de libertad, en tres actos.
La Abadia de Penmarck, Id.
El vivo retrato, Id.
El Diablo y la bruja, Id.
Casarse á oscuras, en 3 actos.
Deshonor por gratitud, Id.
El novio de Buitrago, Id.
Jorge el Armador, en cuatro actos.
Fausto de Underwal, en 5 actos.
Los Prusianos en la Lorena ó la honra de una madre, Id.
Las intrigas de una Corte, 5 actos.
La hija de un bandido, 1 acto.
El guante y el abanico, 3 actos.
Clara Harlow, en 3.
El agiotage, ó el oficio de moda, en 5.
La Hermana del Carretero, Id.
La corona de Ferrara, Id.
En la falta vá el castigo, Id.
Un casamiento con la mano izquierda, 2 actos.
Uno de tantos bribones, en 3.
Las huérfanas de Amberes, en 5.
Mas vale tarde que nunca, en 1.
La cocinera casada, en 1.
Tom-Pous, ó el marido confiado, en 1.
Dos contra uno, en 1.
El marido de la Reina, en 1.
La hija del Regente, en 5.
Reinar contra su gusto, en 3.
Los Mosqueteros, en 6 actos.
El castillo de S. Mauro, en 5 actos.
Con todos y con ninguno, en 1 acto.
Una broma pesada, en 2.
Los dos estremos, en 3 actos.
Fuerte-Espada el aventurero, en 5.
El Tarambana, en 3 actos.
Perder y ganar un trono, en 1.
El mercado de Lóndres, en 7 cuadros.
El pacto sangriento ó la venganza Corsa, en 6 cuadros.
El hijo de mi muger, en 1 acto.
El castillo de los espectros, en 3.
Los Mosqueteros de la Reina, 3 acts.
Un caso de conciencia, en 3.
La noche de S. Bartolomé de 1572, 5.
Luchar contra el destino, en 3.
Inventor, bravo y barbero, en 1.
Un cuarto con dos camas, en 1.
La cura por la homeopatía, en 3.
Un casamiento á son de caja, ó las dos vivanderas, en 3.
Muerto civilmente, en 1.
La alquería de Bretaña, en 3.
El pilluelo de Lóndres, en 3.
El mudo por compromiso, ó las emociones, en 1.
Llegar á tiempo, en 5.

TEATRO ANTIGUO.

El desprecio agradecido, en 5 actos.
A cada paso un acaso, ó el Caballero, en id.
Los empeños de un acaso, en Id.
Yo por vos y vos por otro!! en 3.

ORIGINALES.

Perder el tiempo, en un acto.
El marinero, ó un matrimonio repentino, Id.
Un error de ortografía, Id.
La joven y el zapatero, Id.
Una conspiracion, Id.
Tanto por tanto ó la capa roja, Id.
Un casamiento por poderes, Id.
Estudios históricos, Id.
En la confianza está el peligro, en 2 actos.
Se acabarán los enredos? en 2.
Juan de las Viñas, Id.
Mateo el Veterano, Id.
El médico de su honra, en 3 actos.
Valentina Valentona, en cuatro actos.
Los infantes de Carrion, en 3.
La Posada de Currillo, 1 acto.
A tal accion tal castigo, en 4 actos.
Doña Sancha, ó la independencia de Castilla, en 4.
Dos y ninguno, en un acto.
La reina Sibila, 3 actos.
Los dos Fóscaris, 5 actos.
Una actriz improvisada, en 1.
Juan de Padilla, 6 cuadros.
Juí que jembra!! en 1.
Cosas del dia, id.
Un motin contra Esquilache, en 3.
La ilusion ministerial, en 3.
El honor de un castellano y deber de una muger, en 4.
Luchar contra el sino, en 3.
Benvenuto Cellini, ó el poder de un artista, en 5.
La Calderona, en 5.
D. Juan Pacheco, en 5.